

# TRANSFORME SU VIDA

*La verdadera  
conversión cristiana*



# TRANSFORME SU VIDA

*La verdadera  
conversión cristiana*

*"Arrepentíos y convertíos, para que  
sean borrados vuestros pecados;  
para que vengan de la presencia  
del Señor tiempos de refrigerio".*

—Hechos 3:19

# Introducción

En el ámbito religioso frecuentemente se oye la palabra *conversión*. Entre los que se consideran cristianos, no es raro hablar de su “conversión” o de cómo llegaron a ser “convertidos”. Pero ¿cuál es el significado real de estas palabras?

En el sentido religioso, la conversión se refiere al cambio de una religión a otra, particularmente a la cristiana. Pero ¿es eso todo lo que significa?

Algunas personas llaman *conversión* a casi cualquier cambio significativo que efectúan para mejorar su vida, y en ocasiones dan la impresión equivocada de que tales cambios proceden de Dios. Por cierto, la gente puede cambiar sin la intervención de Dios, y muchos lo hacen. Pero tales cambios no son la forma de conversión que describe la Biblia.

Por la simple definición de la palabra, hasta las personas sin antecedentes religiosos entienden que la *conversión* se refiere a un cambio. Si algo ha sido convertido, de alguna manera ha sido *cambiado*.

El concepto bíblico de la conversión ciertamente representa un cambio. Por ejemplo, en la Biblia se nos habla de cómo Pablo y Bernabé, cuando iban rumbo a Jerusalén, “pasaron por Fenicia y Samaria, contando la *conversión* de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos” (Hechos 15:3).

Pero si una persona está convertida, y por lo tanto *cambiada*, ¿en qué ha cambiado?

En la Biblia, la conversión se representa como *un proceso milagroso de transformación*, algo que no es posible sin la intervención y participación directas de Dios. De hecho, Dios es el que lo inicia. Primeramente abre el entendimiento de aquellos a quienes está llamando, o *invitando*, a

## **Este folleto no es para la venta.**

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,  
*una Asociación Internacional*, que se distribuye gratuitamente.

©2011 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.

Todos los derechos reservados.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de  
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

la conversión, para que empiecen a comprender el mensaje de las Escrituras con una claridad y profundidad que nunca podrían obtener por sí mismos.

Por lo general, este maravilloso y milagroso proceso empieza cuando la persona que está siendo llamada escucha o lee las verdades bíblicas explicadas correctamente por un verdadero siervo de Dios. En esos momentos Dios empieza a abrir su entendimiento para que comprenda el verdadero evangelio de Jesucristo.

Ahora la Palabra de Dios empieza a adquirir sentido para esa persona. Tal como un rompecabezas revela su imagen a medida que se va armando, así las personas que Dios está invitando a la conversión empiezan a entender las Sagradas Escrituras. Este es el *milagro* del llamamiento de Dios.

Lo que sucede a continuación depende de las decisiones que la persona toma cuando escucha o lee la verdad de Dios. Puede reaccionar pidiéndole a Dios que le ayude a poner en práctica lo que ha aprendido, o puede simplemente hacer caso omiso del entendimiento que ha recibido.

En Deuteronomio 30:19 Dios claramente le dice a cada ser humano: “Escoge, pues, la vida”, pero él no *obliga* a nadie a tomar la decisión correcta. Aun así, como pronto podremos ver, las consecuencias de nuestras decisiones son enormes.

En este folleto examinaremos lo que la Biblia enseña acerca de la conversión. Contrario a lo que muchos piensan, no se trata de algo que se lleva a cabo de manera instantánea; se trata más bien de un cambio que se va realizando *paulatinamente*.

Esta transformación gradual empieza con el llamamiento de Dios y sigue con los pasos esenciales del arrepentimiento, el bautismo y la imposición de manos, mediante la cual recibimos el Espíritu Santo, y luego continúa con una vida de constante sumisión a la voluntad de Dios. Esto continúa hasta la muerte de la persona o hasta el retorno de Jesucristo, cuando todos los muertos en Cristo serán resucitados para recibir vida eterna. El proceso de conversión llegará a su punto culminante cuando la persona sea cambiada ¡de mortal a inmortal!

Para poder entender lo que representa esta maravillosa transformación que se llama *conversión*, empezaremos nuestra búsqueda directamente en la Palabra de Dios.

## ¿Quiénes son los llamados, escogidos y fieles siervos de Dios?

En cierta ocasión Jesús declaró: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Su advertencia debe motivarnos a analizar detenidamente nuestras creencias y conceptos religiosos. ¿Por qué? Porque muchos que aseguran ser seguidores de Cristo y que afirman haber hecho muchas obras en su nombre, serán *rechazados* por él, quien les dirá: “*Nunca os conocí*” (v. 23).

¿Cómo, entonces, vamos a diferenciar a los verdaderos discípulos de Cristo, aquellos que realmente están haciendo la voluntad del Padre, de los que lo llaman “Señor” pero se niegan a hacer su voluntad?

En la actualidad existen miles de grupos y organizaciones religiosas que afirman ser cristianos y poseedores de ese algo especial que les otorga la aprobación de Dios. La mayoría de los grupos que profesan ser cristianos se consideran a sí mismos como “llamados” y “escogidos” por Dios. Incluso hay muchos grupos religiosos no cristianos que creen que han sido elegidos divinamente.

Sea cual sea nuestro punto de vista, el panorama religioso actual es muy confuso. No debe sorprendernos que millones de personas desconfíen de toda clase de religión. ¿Es acaso posible encontrar la verdad en esta maraña religiosa?

Sí es posible, siempre y cuando estemos dispuestos a analizar honradamente los hechos y aceptar la verdad tal como se revela en las Sagradas Escrituras.

Jesucristo es una realidad: fue resucitado y está vivo. Su influencia en el mundo ha sido muy superior a la de cualquier otra persona en toda la historia de la humanidad.

La mayoría de las personas conocen el nombre de Jesucristo, pero ¿cuántas saben lo que enseñó? ¿Cuál fue su misión? ¿Qué es lo que distingue a sus verdaderos seguidores? ¿Quiénes lo representan realmente?

Jesús dijo: “Edificaré mi iglesia”. La voz griega de la que se tradujo “iglesia” en la Biblia es *ekklésia*, que significa una asamblea o reunión de los “llamados” o “convocados”. El *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, de W.E. Vine, explica de esta manera la etimología de *ekklésia*: “de *ek*, fuera de, y *klêsis*, un llamamiento (*kaleō*, llamar), [esta palabra] se usaba entre los griegos [para referirse a] un cuerpo de ciudadanos reunido para considerar asuntos de Estado, Hechos 19:39” (Libros CLIE, 1984, 1:150).

En Hebreos 12:23 se habla de este grupo de creyentes como “la congregación de los primogénitos”. En 1 Timoteo 3:15 el apóstol Pablo los llama “la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad”.

### Los peligros del engaño

Jesús nos advierte que “*estrecha* es la puerta, y *angosto* el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan” (Mateo 7:14). ¿Debe sorprendernos esto? Cuando la gente no está de acuerdo con las palabras de Jesús, simplemente hace caso omiso de ellas. No obstante, a los que verdaderamente quieren ser sus discípulos, Jesús les dice: “Entrad por la puerta estrecha; porque *ancha* es la puerta, y *espacioso* el camino que lleva a la perdición, y *muchos* son los que entran por ella” (v. 13).

Aun si uno llega a ser un verdadero seguidor de Cristo, existe el peligro de que sea atrapado nuevamente en alguna de las incontables trampas de Satanás, el peor enemigo de todos aquellos que quieren llegar a ser como Jesús. El apóstol Pablo manifestó su preocupación por los que habían sido convertidos al cristianismo por medio de su predicación y enseñanza:

“Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos

predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis” (2 Corintios 11:3-4).

Pablo estaba asombrado de que la gente pudiera tan fácilmente hacer a un lado sus enseñanzas para creer un evangelio espurio, adoptar un espíritu engañoso y hasta aceptar una conversión falsa y un Jesús impostor. ¡Satanás ha estado engañando a todo el mundo! (Apocalipsis 12:9). Muchos, aun después de haberse dedicado a seguir la verdad de Dios, han sido presa fácil de las trampas del diablo, persuadidos por hábiles embaucadores que proclaman una justicia falsa.

Más adelante, refiriéndose a tales individuos, Pablo dice: “Éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Corintios 11:13-15).

No es de sorprenderse, pues, que en el nombre de Jesucristo se enseñen tantas creencias diferentes, falsamente llamadas “cristianas”. Su nombre es usado para encubrir filosofías y doctrinas religiosas que jamás fueron enseñadas ni por él ni por sus apóstoles.

Jesús nos advierte: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:22-23). La maldad puede anular todas las buenas obras.

### La desobediencia es algo natural

La desobediencia, el factor principal en la seudojusticia de estos falsos evangelios, es una manifestación normal de lo que llamamos *naturalidad humana*.

El apóstol Pablo escribió que “los designios de la carne son *enemistad* contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne *no pueden* agradar a Dios” (Romanos 8:7-8). Nuestra tendencia natural no es obedecer a Dios sino rechazarlo junto con su sistema de vida. Esto ha dado como resultado los sustitutos del verdadero evangelio que se han formulado para satisfacer la natural oposición del hombre a los mandamientos divinos.

No hay duda de que la mayoría de las personas que aceptan estos falsos conceptos son sinceras. Han creído un evangelio falso —un mensaje que

niega la autoridad de la ley de Dios— que por siglos le ha sido predicado al mundo.

Este engaño es increíblemente poderoso. En relación con el tremendo efecto que esto tendrá en el tiempo del fin, el apóstol Pablo escribió: “Entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:8-11).

Bajo la influencia de Satanás, “el dios de este siglo”, toda la humanidad ha sido cegada (2 Corintios 4:4). El poder invisible de Satanás ha dominado a tal grado al hombre que puede decirse que “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19). Mucha gente ha aceptado un evangelio falso y un concepto tergiversado de lo que es realmente la conversión.

Ahora volvamos a la pregunta original: ¿Qué hace diferentes a los verdaderos seguidores de Cristo, de quienes piensan que lo son pero que han sido víctimas del engaño de Satanás?

### Llamados y escogidos

La creencia de que uno debe ser “llamado” y “escogido” proviene directamente de Jesucristo, cuando en cierta ocasión les dijo a sus discípulos: “Muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mateo 22:14). Ambos conceptos, el ser *llamado* y el ser *escogido*, son bíblicos, pero pocas veces son comprendidos y generalmente se emplean en forma errónea. Es muy importante que los entendamos correctamente.

Dios quiere dar la salvación, vida eterna, a toda la humanidad. “No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). No obstante, la verdad es que no todos están siendo salvados *ahora*, en este tiempo (Romanos 11:7-8, 25-26; Efesios 1:7-10).

Dios *escoge* a la persona para que reciba la vida eterna sólo cuando ésta aprende y acepta la verdad, se arrepiente y es bautizada. Pero ¿cómo podemos diferenciar la verdad del error?

La *verdad*, como dijo Jesús, es lo que Dios nos revela por medio de su Palabra, la Biblia (Juan 17:17). Para poder agradar a Dios, uno debe aceptar su Palabra como la fuente principal y más confiable de la verdad.

Nuestro Hacedor “quiere que todos los hombres [la humanidad entera] sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4).

### Todos debemos arrepentirnos

Después de aprender los principios fundamentales de la verdad de Dios, uno debe arrepentirse. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino *que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9). No hay excepciones; Dios quiere que *todos* se arrepientan (Hechos 17:30).

Un *entendimiento correcto* del evangelio de Jesucristo nos ayuda a comprender el plan de Dios para nosotros y *por qué* debemos arrepentirnos. Esa comprensión del futuro que Dios tiene para nosotros nos permite entender por qué necesitamos someternos a él y, con su ayuda, transformar nuestra vida.

¿Cómo podemos obtener este entendimiento? Leamos la respuesta del apóstol Pablo: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán, sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” (Romanos 10:14-15).

Pablo dice que tenemos que ser enseñados por quienes verdaderamente son *enviados por Dios*, sus fieles siervos que no hablan en contra de su ley, que son leales a su Palabra y que enseñan la obediencia al Creador y que el arrepentimiento significa dejar de pecar y de quebrantar los mandamientos divinos (1 Juan 3:4).

Analícemos ahora la diferencia entre *llamado* y *escogido*. “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios *os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*, a lo cual *os llamó mediante nuestro evangelio*, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 2:13-14).

Aquí podemos ver que la gente es *llamada* (invitada) por medio de la predicación del evangelio (las buenas noticias del Reino de Dios). De esta manera reciben el conocimiento que necesitan para reconocer sus pecados y arrepentirse de ellos.

Los que responden positivamente a ese llamamiento, esa invitación, son *escogidos* para la salvación. ¿Cómo? *Creando la verdad* y siendo santificados (apartados) *al recibir el Espíritu Santo*.

## Diferentes reacciones ante el evangelio

La forma en que Dios llama y escoge a una persona empieza con un milagro. Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere . . .” (Juan 6:44). Más adelante agregó: “Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (v. 65). Esta es una prueba clara y contundente de que, a pesar de la influencia de Satanás, nuestra propia carnalidad y las tentaciones de este perverso mundo, Dios puede tocar nuestros corazones.

Dios nos *invita*; él *atrae* nuestros corazones. Nos *otorga* el deseo de aprender sus caminos y de someter nuestra voluntad a la de él. Pero nuestra tendencia natural nos hace resistirnos a sus leyes (Romanos 8:7). Someternos a la voluntad de Dios es realmente un milagro, “porque Dios es el que en [nosotros] produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

En la parábola del sembrador, Jesús explica las distintas formas en que la gente reacciona al escuchar el evangelio de Dios. En esta parábola todos escuchan la Palabra de Dios, pero sólo los que él llama captan la verdad y pueden entenderla. La gente reacciona de diferentes maneras al mensaje. Podemos leer esta parábola en Mateo 13, donde Jesús no sólo relata la historia sino que también aclara su significado.

Primero, Jesús comenta la reacción de los que no comprenden el verdadero significado de lo que oyen. “Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebata lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino” (v. 19). Esa persona nunca entendió el mensaje ni captó su significado.

Luego explica las reacciones de tres clases de personas. Todas reciben cierto grado de entendimiento de los caminos de Dios, pero reaccionan en forma diferente y por razones distintas.

### Una aceptación pasajera

“El que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero *no tiene raíz en sí*, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (vv. 20-21).

La primera reacción de esta persona es de gozo, pero pronto cambia de parecer. ¿Por qué? Por la crítica o influencia de otras personas que no

entienden. Le preocupa más lo que piensa o dice la gente que lo que piensa Dios; tiene miedo de la crítica de los demás. Para él es más importante estar de acuerdo con los que le rodean. La tribulación o persecución que experimenta por tratar de vivir conforme al camino de Dios lo hace tropezar, y rechaza el llamamiento divino.

Veamos ahora el segundo ejemplo. “El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero *el afán de este siglo y el engaño de las riquezas* ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (v. 22).

A este tipo de persona no le preocupa la opinión de sus amigos o conocidos, pero tiene otros impedimentos: su vanidad y codicia. Su interés, tiempo y energías se concentran en la obtención de riquezas y de prestigio social, de manera que no le queda tiempo para Dios. Tal persona está demasiado ocupada en sí misma, y puesto que las cosas materiales son más importantes que las espirituales, tarde o temprano rechaza el llamamiento de Dios.

Jesús concluye con este último ejemplo: “Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y *entiende* la palabra, y *da fruto*; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (v. 23). Esta persona entiende la Palabra de Dios y la toma en serio. La pone en práctica. ¡Cambia su forma de vivir! Esta persona es escogida para recibir la salvación, pues para ella Dios viene a ser lo más importante en su vida.

Muchos son llamados. Muchos reciben la *oportunidad* de que Dios produzca en ellos “así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Pero *sólo unos pocos responden positivamente*. Esos pocos realmente se arrepienten y se someten a la voluntad de su Creador, comprometiéndose a obedecer sus mandamientos. Los que así reaccionan ante el llamamiento divino son *escogidos* por Dios debido a que *tomaron la decisión* de servirlo y tenerlo como lo más importante en su vida.

### Debemos permanecer fieles

Cuando Dios nos ofrece la oportunidad de servirlo, la *decisión* de hacerlo es nuestra. Esa decisión no es simplemente algo temporal o momentáneo, sino que debemos *mantenernos firmes* en ella y *perseverar* hasta el fin (Mateo 24:13).

Al final de esta época los dirigentes mundiales que se opongan a la venida de Jesucristo “pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; y *los que están con él son llamados y elegidos y fieles*” (Apocalipsis 17:14).

Observemos que los que están con Cristo no sólo son llamados y escogidos, sino que también son *fieles*. Ser llamado y escogido no es todo; para ser salvos debemos *permanecer fieles* a nuestro llamamiento hasta el fin (Mateo 24:13).

Habrán ocasiones en que quizá tengamos que demostrar nuestra fidelidad al soportar grandes pruebas o vencer obstáculos a nuestra fe, como prueba de nuestro firme compromiso para con Dios. En la Biblia, al verdadero pueblo de Dios —los que realmente son convertidos— se le denomina “el cuerpo de Cristo” (1 Corintios 12:27) y “la iglesia del Dios viviente” (1 Timoteo 3:15).

Dios nos ha hecho saber quiénes son sus verdaderos discípulos. Ellos primeramente son *llamados* al arrepentimiento al abrírseles el entendimiento para que comprendan verdaderamente las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. Si su respuesta es una decisión de someterse humildemente a la voluntad de Dios a fin de que su Espíritu pueda obrar en sus mentes, entonces son *escogidos* para recibir la salvación. Luego, todos los que permanezcan lealmente obedientes a su Hacedor serán los verdaderos *llamados y escogidos y fieles* seguidores de Dios que ¡vivirán eternamente en su reino!

## ¿Qué debo hacer?

La Iglesia de Dios —el cuerpo espiritual de creyentes que él *llamó y escogió* para que le fueran *fieles*— empezó cuando Dios dio el Espíritu Santo a los discípulos de Jesús en el Día de Pentecostés, una de sus fiestas anuales ordenadas en Levítico 23. En el segundo capítulo del libro de los Hechos se nos relata cómo vino el Espíritu de Dios sobre aquellos que le habían creído a Jesús, habían aceptado sus enseñanzas y lo habían seguido fielmente. Pero el milagro no terminó ahí, sino que miles de personas más que se encontraban reunidas ese mismo día quedaron estupefactas por lo que vieron y oyeron.

Ese día, en lo que se considera como su primer sermón, el apóstol Pedro declaró que el Mesías había venido; pero que en lugar de ser aceptado, había sido rechazado y había sufrido una muerte por demás brutal. Pedro explicó que cada ser humano, *personal e individualmente*, es culpable de la muerte de Jesucristo; la responsabilidad no se limita al grupo de judíos que lo arrestaron y lo llevaron para que fuera juzgado, ni a los soldados romanos que lo crucificaron.

Entre aquella multitud que lo escuchaba estaban forasteros provenientes de muchas partes de la región mediterránea y de otros lugares tan lejanos como Partia y Mesopotamia (Hechos 2:7-11). Es muy probable que muchos de ellos ni siquiera habían estado en Jerusalén durante la crucifixión de Jesús, unas siete semanas antes.

Dirigiéndose a esa heterogénea multitud, Pedro les dijo: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios,



*prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella” (vv. 22-24).*

### “¿Qué haremos?”

Algunos de los presentes entendieron el significado de esas palabras. Aunque ellos probablemente no habían tenido que ver directamente con la muerte de Jesús, las conmovedoras palabras de Pedro les hicieron comprender que la verdadera razón por la que había sido crucificado era pagar por los pecados de ellos y de todos los seres humanos! Para ellos, el mensaje de Pedro era directo y personal.

Más adelante el apóstol continuó: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo. Al oír esto, *se compungieron de corazón*, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, *¿qué haremos?*” (vv. 36-37).

No hay duda de que su sentimiento de culpabilidad los contristó. Al escuchar la reprensión de Pedro, ellos no pensaron acerca de las buenas obras que pudieran haber hecho en algún momento, sino en los pecados que habían cometido. Ciertamente, *¿qué debían hacer?*

De inmediato Pedro les contestó: “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo*” (v. 38). Y eso fue exactamente lo que hicieron. Ese mismo día aproximadamente 3.000 personas que “recibieron su palabra” fueron bautizadas (v. 41).

### Dios aún exige el arrepentimiento

Desde ese tiempo los fieles seguidores de Cristo han continuado predicando el mismo mensaje que anunció nuestro Maestro y Salvador: las buenas noticias del Reino de Dios y de la necesidad de que todos se arrepientan para poder recibir la salvación (Marcos 1:14-15; Hechos 17:30).

La gente reacciona de diferentes formas al oír ese mensaje. Algunos sencillamente no le hacen caso. Otros muestran sólo un interés pasajero. Pero algunos sí se dan cuenta de que es el mensaje más emocionante e importante que podrán escuchar en toda su vida; para ellos es como ¡una perla de gran precio! Ojalá que usted sea una de esas personas.

Como ya leímos, Satanás ha cegado espiritualmente al mundo entero (Apocalipsis 12:9; 1 Juan 5:19). Pero Dios está librando de esa ceguera a

unos pocos. Si usted es una de esas personas a las que Dios está llamando para que entiendan su Palabra y vivan por ella, quizá, al igual que los que escucharon a Pedro en la Fiesta de Pentecostés, se esté haciendo la misma pregunta: *¿Qué debo hacer ahora?*

Todos nos damos cuenta de que resulta mucho más fácil ver los errores y pecados de los demás que los nuestros. No obstante, la Palabra de Dios nos dice que *todos* han pecado (Romanos 3:23). Eso incluye a cada uno de nosotros. Todos somos culpables de tener pensamientos y acciones contrarios a la ley de amor de Dios. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:8-9).

## Orar para tener una nueva actitud y un espíritu correcto

La respuesta al llamamiento de Dios tiene que ver no sólo con el arrepentimiento de nuestra conducta pecaminosa, sino también con reconocer que nuestra mente se ha pervertido al seguir “la corriente de este mundo, conforme al *príncipe* de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2).

Tenemos que darnos cuenta de que necesitamos un nuevo corazón, una forma diferente de pensar, una actitud y un espíritu correctos; en otras palabras, necesitamos un cambio total de mentalidad. Debemos reconocer que el corazón es engañoso “más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17:9). Debemos sentir el profundo deseo de sustituir nuestra mente con la mente de Jesucristo (Filipenses 2:5).

Al igual que el rey David, nosotros también debemos clamar: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio . . .” (Salmos 51:10). Nuestro corazón —es decir, nuestra mente— es lo que produce el pecado en nosotros. Nuestras acciones se originan en

los pensamientos. Qué y cómo somos es la manifestación profunda y directa de nuestra forma de pensar. Tenemos que clamar a Dios para que nos ayude a limpiarnos desde lo más profundo de nuestro ser.

Notemos el sincero arrepentimiento de David: “Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado. Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado” (Salmos 51:1-3, Nueva Versión Internacional).

Luego, en los versículos 6 al 10 continúa: “Yo sé que tú amas la verdad en lo íntimo; en lo secreto me has enseñado sabiduría. Purifícame con hisopo, y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve. Anúnciame gozo y alegría [con tu perdón]; infunde gozo en estos huesos que has quebrantado. Aparta tu rostro de mis pecados y borra toda mi maldad. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva la firmeza de mi espíritu” (NVI). □

A nuestros primeros padres, lo mismo que a nosotros, les fue dado libre albedrío. Nuestro Creador no obligó a Adán ni a Eva a obedecerlo, aunque sí les aconsejó que lo hicieran. Pero ellos se dejaron influir por Satanás y decidieron seguir las sugerencias de éste y desobedecer las instrucciones que Dios les había dado.

## Por qué debemos cambiar nuestra forma de pensar

Jesús nos hace saber que el arrepentimiento implica un *cambio de forma de pensar*. Nos dice que “lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos . . .” (Marcos 7:20-21). Nos explica que lo que nos pervierte viene de dentro, y nos da ejemplos de las actitudes e inclinaciones más bajas que subyugan nuestra forma de pensar y nuestro comportamiento: “. . . los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (vv. 21-23).

Por medio de uno de los antiguos profetas también se nos hace ver claramente que el arrepentimiento implica un cambio en nuestra forma de pensar: “Que abandone el malvado su camino, y el perverso sus pensamientos. Que se vuelva al SEÑOR, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar, y de él recibirá misericordia” (Isaías 55:7, Nueva Versión Internacional). Aquí el profeta hace hincapié en dos cosas de las cuales tenemos que deshacernos para poder recibir el perdón de Dios: nuestras costumbres pecaminosas y nuestros pensamientos pecaminosos.

Para arrepentirnos tenemos que reconocer que cuando menos algunos de los apetitos carnales están influyendo o hasta

controlando nuestra forma de pensar. No toda persona se rinde continuamente a cada característica de la naturaleza humana. Pero todos pecamos. Todos tenemos debilidades. Una persona puede ceder con más frecuencia a la codicia, otra al fariseísmo o a la arrogancia. A otra puede resultarle difícil ser veraz u honrada. La realidad es que, de alguna manera, todos manifestamos actitudes y pensamientos egoístas.

El arrepentimiento significa que debemos examinarnos a nosotros mismos y reconocer nuestras propias flaquezas, los aspectos en que pecamos, ya sea con nuestros pensamientos o con nuestra conducta. Debemos, pues, pedirle a Dios que nos revele qué es lo necesitamos cambiar.

Así, mientras más nos sometamos a Dios y le pidamos su ayuda para poder ver lo que necesitamos cambiar, más nos iluminará para que veamos nuestras fallas y tentaciones. Esto es algo que continúa por años, a medida que la persona convertida va creciendo “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

El aspecto más importante del verdadero arrepentimiento es *el cambio en nuestra manera de pensar*. Cuando somos bautizados y recibimos el Espíritu Santo, estamos mucho más capacitados para mantener el comportamiento correcto, producto de nuestra nueva forma de pensar. □

Desde entonces Satanás ha ejercido un tremendo control —aunque no absoluto— sobre la humanidad (2 Corintios 4:4). Su gran influencia ha afectado los medios de comunicación y publicidad, la educación, la política y las normas de moralidad. Lamentablemente, todos somos producto de este mundo; nuestra mentalidad, pensamientos y motivos reflejan el influjo que Satanás ha estado ejerciendo en nuestra vida por tantos años (Efesios 2:2-3).

Aun así, junto con este conocimiento debemos tener siempre presente que, tal como Jesús nos lo recuerda en Mateo 11:25, Dios es “Señor del cielo y de la tierra”. Desde su trono él está dirigiendo constantemente el cumplimiento de su gran plan y propósito para la humanidad.

Un aspecto importante del plan de Dios es cuidar de aquellos a quienes ha llamado para que venzan el pecado. Satanás no puede hacer absolutamente nada sin que Dios se lo permita. Esto se ve claramente en el primer capítulo del libro de Job.

Uno de los apóstoles lo explica así: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7). Con la ayuda de Dios, cada uno de nosotros puede rechazar y vencer la influencia de Satanás.

### Es necesaria una profunda introspección

Mientras esperamos el retorno de Jesucristo, tenemos que vivir en una sociedad que cada día está más llena de maldad, egoísmo y arrogancia. “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2 Timoteo 3:1-5).

¿Cómo podemos deshacernos de tales actitudes? Un aspecto fundamental del verdadero arrepentimiento es nuestro reconocimiento, con la ayuda de Dios, de cuánto nos han afectado estas actitudes. Como lo explicó el apóstol Pablo: “En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios” (Efesios 2:3, Nueva Versión Internacional).

Necesitamos examinarnos en forma detenida y honrada, a fin de poder arrepentirnos verdaderamente. Sin esta introspección, nuestra reacción podrá ser como la de los fariseos que criticaban a Jesús por tratar de ayudar a los cobradores de impuestos y otros pecadores aceptando sus invitaciones a comer con ellos. A estos fariseos, que se creían muy justos, Jesús les respondió: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:31-32).

Debido a su gran ceguera espiritual, los fariseos no podían verse como eran realmente. Se sentían tan satisfechos de sí mismos que se negaban a ver sus pecados. Nunca aceptaron, ni siquiera entendieron, la advertencia que Jesús les hizo acerca de su necesidad de arrepentirse.

En las Escrituras claramente se nos dice que todos pecamos. Por lo tanto, todos nos hemos hecho acreedores a la pena de muerte (Romanos 3:23; 6:23). Sin la ayuda de Dios para hacer posible que cambiemos, todos pereceríamos y no tendríamos la oportunidad de recibir la vida eterna.

Pero Dios quiere transformarnos, quiere ayudarnos para que nos arrepintamos y nos convirtamos a sus caminos. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino *que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9).

Dios ha provisto una manera de suprimir la pena de muerte que pesa sobre nosotros, sin disculpar o disimular nuestra iniquidad: dio a su Hijo para que pagara esa pena por nosotros. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Si voluntariamente renunciamos a nuestra manera errónea de vivir, Dios está más que dispuesto a aceptar que la sangre derramada de nuestro Salvador borre la pena de muerte que nosotros mismos nos hemos impuesto con nuestros pecados.

### ¿Qué significa arrepentirse?

En cierta ocasión se le acercaron a Jesús algunos que quizá consideraban a otros más pecadores que ellos mismos. Él les advirtió: “. . . Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:1-5; ver Hechos 5:31-32).

Hoy en día, rara vez se llega a oír la palabra *arrepentimiento*, y muy pocos entienden lo que significa realmente. Tanto en el idioma griego

como en el hebreo las palabras traducidas por *arrepentirse* y *arrepentimiento* se refieren a un cambio de actitud, un cambio manifiesto en nuestra forma de pensar, una transformación cuyo propósito principal es modificar nuestro comportamiento.

El consejo del apóstol Pedro registrado en Hechos 3:19 sigue válido para nosotros hoy en día: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”. El vocablo *arrepentíos* quiere decir “dar vuelta” o “volverse”. Dar vuelta o volverse ¿de qué? En Romanos 6:23 se nos dice que la paga del pecado es muerte. Cuando nos arrepentimos, pues, *nos volvemos de los pecados* que hemos cometido y *nos sometemos incondicionalmente a Dios*.

Aunque Cristo vino para quitar nuestros pecados, nosotros tenemos que hacer nuestra parte. Él no vino para salvarnos *en* nuestros pecados, mientras *continuamos* en el pecado.

Cuando un juez perdona a alguien que cometió un crimen, espera que esa persona deje de cometer crímenes. No lo perdona para que *continúe* infringiendo la ley. Así también nosotros debemos abandonar nuestros caminos pecaminosos. Otro de los apóstoles nos dice que “todo aquel que tiene esta esperanza en él [Jesucristo], *se purifica a sí mismo*, así como él [Jesucristo] es puro” (1 Juan 3:3).

### El arrepentimiento encierra tanto el creer como el hacer

En el capítulo 16 del libro de los Hechos se nos habla de la ocasión en que Pablo y Silas fueron encarcelados en Filipos, y cómo a medianoche hubo un fuerte terremoto que hizo que todas las puertas se abrieran y las cadenas de todos los presos se soltaran. El carcelero, que poco después se dio cuenta de que había sido un milagro de Dios, les preguntó a Pablo y a Silas qué debía hacer para ser salvo. Ellos le contestaron: “*Cree* en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (v. 31).

Pero ¿qué es lo que significa creer o tener fe en Jesucristo? No se trata de creer simplemente que es nuestro Salvador, sino también creerle a él, acogerse a su mensaje, sus promesas, sus instrucciones. En cierta ocasión Jesús preguntó: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46).

Cuando nos arrepentimos, *dejamos de hacer lo malo y empezamos a vivir en armonía con los caminos y las leyes de Dios*; esto es, nos sometemos a su voluntad. ¡Dejamos de pecar intencional y conscientemente!

El arrepentimiento debe estar acompañado de un sentimiento de dolor y vergüenza sinceros; pero el arrepentimiento de corazón es mucho más que una simple emoción. Es un verdadero *cambio de vida*.

Cuando Dios nos llama, quita de nosotros la ceguera espiritual y nos permite entender su Palabra como nunca antes (Juan 6:65; Mateo 13:11). Nos permite ver lo contrarios que son nuestros caminos a los de él. Llegamos entonces a una gran encrucijada en nuestra vida, de manera que nos enfrentamos a decisiones muy importantes. El arrepentimiento es un paso vital y decisivo.

El verdadero arrepentimiento es una dádiva de Dios, ya que él es quien nos guía hacia tal decisión (Hechos 11:18; Romanos 2:4). A partir del momento en que abre nuestro entendimiento, él obra con nosotros a medida que vamos respondiendo positivamente a las cosas que nos va revelando en su Palabra (Juan 6:44; 2 Timoteo 2:25).

Ahora que entendemos que debemos cambiar, analicemos cuidadosamente la explicación bíblica de lo que es el pecado, a fin de entender mejor qué es lo que necesitamos cambiar.

## ¿Qué es el pecado?

**H**emos aprendido que el primer paso para ser uno de los escogidos, llamados y fieles siervos de Dios, es reconocer y aceptar que somos pecadores (Romanos 3:23; 1 Juan 1:8). Pero *¿qué es*, exactamente, el pecado? ¿Cómo lo define la Palabra de Dios?

En la Biblia encontramos varios pasajes que definen lo que es el pecado, y cada uno nos ayuda a entender más al respecto. Pero antes de que leamos esos versículos, primeramente debemos aprender lo que quieren decir las palabras traducidas como *pecado* en los idiomas en que fue escrita originalmente la Biblia.

### Dos conceptos generales

Los vocablos hebreos y griegos que se traducen como *pecado* en la Biblia encierran dos conceptos importantes. El primero es el de la transgresión. *Transgredir* significa infringir, violar, desobedecer un precepto, orden o ley. En ciertas ocasiones también puede significar el sobrepasar determinados límites, como en el caso de un futbolista que se sale de las líneas que delimitan la cancha dentro de la cual debe jugarse.

La mayoría de los demás vocablos que se traducen como *pecado* en la Biblia tienen que ver con otro significado: fallar el tiro o errar el blanco. Valiéndonos de dos analogías más relacionadas con el deporte, podríamos decir que se puede comparar con un futbolista que no logra anotar el gol cuando tira a la portería, o cuando un arquero dispara su flecha y no da en el blanco. En ambos casos se falló el tiro, se erró; ninguno de ellos dio donde había apuntado.

Esta perspectiva del pecado abarca también el significado de alguien que intenta ir en cierta dirección pero que, desviándose del trayecto que

había pensado seguir, llega a un lugar equivocado. Esa persona falló o erró, en este caso el rumbo o la meta.

Este significado también encierra el concepto de no llegar a la altura de cierta norma. Por ejemplo, la mayoría de los cursos y pruebas universitarios se califican de acuerdo con un grado mínimo. Si no logramos ese grado mínimo, hemos reprobado la prueba o el curso. Al no llegar a la altura que se esperaba, “fallamos el tiro”, no pasamos la prueba. Podemos fallar el tiro ya sea no dando en el blanco al que apuntamos o no llegando a la altura establecida. En cualquiera de estos casos “pecamos” al no lograr la meta señalada.

Ambos significados, transgredir y errar el blanco, implican que existe un *requisito básico*. Si transgredimos, quiere decir que infringimos o violamos algo; entonces tiene que haber un reglamento, un precepto o una ley que fije los límites. Si no damos en el blanco, es porque existe un blanco al que debemos apuntar. Así, pecar es *transgredir las normas* de Dios, no dar en el blanco o no llegar a la altura de lo que él ha establecido para nosotros.

En otras palabras, las definiciones bíblicas de lo que es pecado nos revelan lo que es *aceptable* para Dios y lo que no lo es. Nos muestran qué es lo que llega a la altura de esas expectativas y qué va en contra de su voluntad. Tales normas revelan y definen los principios fundamentales que Dios nos ha dado para vivir.

Las definiciones de pecado que nos da la Biblia no son una lista arbitraria de actos permitidos y de otros prohibidos. Por el contrario, nos muestran *la manera misma en que Dios vive* y nos revelan los principios espirituales por los que él se rige, las mismas normas de conducta que él desea que sigamos.

### Transgredir la ley de Dios

¿Cuáles son, pues, las normas que Dios ha establecido para que podamos entender lo que es pecado? La definición más elemental se encuentra en 1 Juan 3:4: “Todo el que comete pecado quebranta la ley; de hecho, *el pecado es transgresión de la ley*” (Nueva Versión Internacional). Aquí Dios nos dice claramente que es pecado transgredir los límites establecidos por su santa ley, la cual es espiritual (Romanos 7:12-14).

La frase “transgresión de la ley” (1 Juan 3:4) es una traducción de la voz griega *anomía*, cuyo significado es “sin ley” o “en contra de la ley”. Lo

que se quiere expresar aquí es que el pecado es una violación directa tanto de las leyes como de los preceptos morales de Dios. Esto tiene que ver no sólo con salirse de los límites establecidos por la ley de Dios, sino también con hechos cometidos en directa rebeldía contra ella.

Dios dio sus leyes a la humanidad para mostrarnos su camino de amor. Éstas definen y explican cómo debemos expresar amor hacia él y hacia nuestros semejantes (Deuteronomio 30:15-16; Mateo 22:35-40; 1 Juan 5:3). Así, el pecado es cualquier violación de la ley divina de amor. Dios nos muestra la manera en que podemos vivir en paz y armonía con él y con todos los demás; y es él quien nos marca ese camino de vida por medio de su ley. Nosotros pecamos —violamos o transgredimos esos límites— cuando quebrantamos su ley en cualquier aspecto.

### Una definición más amplia

En 1 Juan 5:17 encontramos una definición más amplia del pecado: “Toda injusticia es pecado . . .” Otras versiones nos ayudan a entender más el significado: “Toda maldad es pecado” (NVI). “Toda iniquidad es pecado” (Biblia de Jerusalén).

La palabra traducida como *injusticia*, *maldad* o *iniquidad* en estas versiones es la voz griega *adikía*. Una obra de consulta la define como “acción que causa un daño visible a otras personas en violación de la norma divina” (*Expository Dictionary of Bible Words* [“Diccionario expositivo de palabras de la Biblia”], 1985).

Otros significados de esta palabra y su forma verbal son: “malvado, deshonesto, injusto, maldad, lastimar, maltratar, dañar y hacerle mal [a otra persona]” (*ibidem*). Estos significados van más allá de sólo las obras o acciones *físicas*; también tienen que ver con las *actitudes* y *móviles* detrás de nuestras acciones y con lo que hay en nuestra mente. Tienen que ver con nuestros *pensamientos*.

Jesús dejó esto muy claro cuando dijo: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:21-22).

Aquí el Salvador del mundo nos hace ver el principio fundamental de la ley. Si nosotros desdeñamos a alguien, considerándolo una persona

insignificante, inútil o que no merece vivir, esta despectiva actitud nos coloca en peligro no sólo de un castigo físico, sino también de la muerte eterna. Jesús mostró que el pecado incluye no sólo nuestros *actos físicos*, sino también nuestros *pensamientos y actitudes*.

Debemos darnos cuenta de que el pecado se origina en la mente. Cuando permitimos que pensamientos inicuos entren y permanezcan en nuestra mente, tarde o temprano se convertirán en hechos, conduciéndonos al pecado. Somos lo que pensamos (Proverbios 23:7).

## ¿Qué es lo que anda mal con la naturaleza humana?

En la Biblia se nos presenta a Satanás como el principal manipulador de la naturaleza humana. Aprovechando nuestra debilidad, el diablo ha contribuido para que todos en el mundo pequemos (Romanos 3:23; Apocalipsis 12:9). El apóstol Pablo dice que "el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio . . ." (2 Corintios 4:4).

En otra de sus cartas escribió: "Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Efesios 2:1-3).

Debido a los engaños de Satanás y a la tendencia al pecado de la naturaleza humana, "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23). No obstante, debemos entender que el diablo no puede obligarnos a pecar; sólo puede influir en nosotros por medio de nuestras *debilidades carnales*. Y hay varios aspectos de nuestra

naturaleza que Satanás puede azuzar o incitar fácilmente.

Primero están nuestros *deseos carnales y egoístas*: "Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gálatas 5:19-21).

Pablo también nos detalla explícitamente los efectos que tales deseos carnales tienen en el comportamiento de la gente. "Por eso Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones, que conducen a la impureza sexual, de modo que degradaron sus cuerpos los unos con los otros . . .

"En efecto, las mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Así mismo los hombres dejaron las relaciones naturales con la mujer y se encendieron en pasiones lujuriosas los unos con los otros. Hombres con hombres cometieron actos indecentes, y en sí mismos recibieron el castigo que merecía su perversión.

"Además, como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de

## No debemos profanar nuestra conciencia

El propósito que Dios tiene para nosotros en esta vida es que desarrollemos un carácter espiritualmente maduro y santo, a fin de parecernos más a él (Mateo 5:48). Nosotros tenemos que hacer nuestra parte en el desarrollo de ese carácter santo y eterno permaneciendo fieles a lo que es correcto a pesar de nuestra tendencia a hacer lo contrario. Debemos resistir la tentación de hacer las cosas que sabemos que no debemos hacer. Debemos vivir

Dios, él a su vez los entregó a la *depravación mental*, para que hicieran lo que no debían hacer. Se han llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. Están repletos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; se ingenian maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados. Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no sólo siguen practicándolas sino que incluso aprueban a quienes las practican" (Romanos 1:24-32, Nueva Versión Internacional).

Segundo, nuestra *astucia natural*, junto con el *autoengaño*, es otra gran flaqueza de la mente carnal: "Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo [soy] el Eterno, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras" (Jeremías 17:9-10).

Todos tenemos la tendencia natural a buscar formas de justificar nuestra codicia, nuestros deseos pecaminosos y nuestra conducta resultante. Nos engañamos a nosotros mismos al creer que, debido a que nuestros deseos son naturales, no son tan malos realmente. Mas Dios nos recuerda que "hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero que acaban por ser *caminos de muerte*" (Proverbios 14:12, NVI). La muerte es el resultado final de vivir de manera equivocada (Romanos 6:23).

Y tercero, en nosotros existe la tendencia natural a *molestarnos cuando nuestros deseos carnales son restringidos por estatutos*, incluso los estatutos de Dios. Con respecto a esto, el apóstol Pablo dice: "Los que viven conforme a la naturaleza pecaminosa fijan la mente en los deseos de tal naturaleza; en cambio, los que viven conforme al Espíritu fijan la mente en los deseos del Espíritu. La mentalidad pecaminosa es muerte, mientras que la mentalidad que proviene del Espíritu es vida y paz. La mentalidad pecaminosa es *enemiga* de Dios, pues *no se somete* a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo. Los que viven según la naturaleza pecaminosa no pueden agradar a Dios" (Romanos 8:5-8, NVI).

Estos y otros apetitos carnales son lo que llamamos *naturaleza humana*. Satanás se aprovecha de nuestra naturaleza débil y egoísta, influyendo en nosotros para que dependamos (más de lo que emocionalmente lo haríamos) de nuestras propias emociones, necesidades y deseos. Pero nosotros nos prestamos a ello. El hecho es que, por naturaleza, no nos inclinamos a vivir conforme a las enseñanzas de Dios si no contamos con la influencia positiva de su santo Espíritu.

Por tal motivo, el apóstol Pablo nos advierte: "Si vivís conforme a la carne, *moriréis*; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, *viviréis*. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Romanos 8:13-14). □

confiando en que Dios nos dará la fortaleza para soportar cualesquiera que sean las pruebas y dificultades que tengamos que enfrentar en la vida.

Pero cuando cedemos, socavamos y destruimos el carácter que Dios está ayudándonos a desarrollar. Y cada vez que cedemos nos damos cuenta de que será mucho más difícil resistir la siguiente tentación a la que nos enfrentemos. Aprender a ser fieles es parte indispensable del desarrollo de nuestro carácter.

Ceder a las tentaciones es particularmente peligroso debido a la forma engañosa en que esto se extiende. Si nos dejamos vencer por alguna tentación, se nos hace más difícil resistirla la próxima vez. Este mal crece como un cáncer; llega inadvertidamente, luego se dispersa. Antes de que nos demos cuenta, podemos encontrarnos en un grave peligro espiritual, en una lucha espiritual de vida o muerte. Por eso Dios nos dice: “*Todo lo que no proviene de fe, es pecado*” (Romanos 14:23). Si nuestras acciones no son hechas en fe, o de acuerdo con ésta, estamos pecando. Debemos ser muy cuidadosos para no profanar nuestra conciencia (1 Pedro 3:14-16).

Debemos estar seguros de que lo que hacemos, lo hacemos con la fe y la confianza de que es correcto y agradable a Dios; de no ser así, no debemos hacerlo. Nuestros móviles deben ser puros y nuestra conciencia debe estar tranquila en todo lo que hacemos. Por lo tanto, es de suma importancia que eduquemos apropiadamente nuestra conciencia para que esté de acuerdo con la Palabra de Dios, la Biblia. Nuestra mente natural no es apta para discernir entre lo que es correcto y lo que no lo es (Jeremías 10:23). Por consiguiente, primero debemos aprender los caminos de Dios, los cuales definen el bien y el mal (Hebreos 5:14).

Dios quiere que vivamos de acuerdo con las normas que ha dispuesto para nosotros, a fin de que cambiemos nuestras actitudes, pensamientos y obras para que concuerden con las pautas divinas. El proceso de conversión puede definirse sencillamente como permitir que Dios obre en nosotros para sustituir *nuestras* normas, actitudes y pensamientos por las normas, actitudes y pensamientos *de él*.

### **Aun lo que no hacemos puede ser pecado**

En las Escrituras se nos dice que podemos pecar por las cosas que hacemos. Pero también podemos pecar por las cosas que *no* hacemos.

En Santiago 4:17 leemos: “*Al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado*”. En este versículo se nos dice que algunas infracciones son

*pecados de omisión*. De hecho, este apóstol nos hace ver que si nos damos cuenta de que debemos hacer ciertas cosas y no las hacemos, *esa falta es pecado*. Erramos el blanco, pues no hacemos lo que sabemos que deberíamos estar haciendo.

En los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan encontramos muchos ejemplos de este tipo de pecado. Con mucha frecuencia, Jesús tuvo serias discusiones con personas que eran muy estrictas en cuanto a una obediencia literal a las leyes de Dios, pero no se daban cuenta de que lo que Dios espera de nosotros es que vayamos más allá del simple cumplimiento de las normas básicas de conducta.

En la época de Jesús, los dirigentes religiosos habían recopilado una lista de lo que consideraban que era lícito hacer en el sábado. Estaban pres- tos a cobrar el diezmo de hasta la última semilla de legumbres o especias. Se pasaban las horas estudiando la ley, ayunando y orando. No obstante, Jesús los llamó guías ciegos, hipócritas, serpientes y generación de víboras (ver Mateo 23). ¿Por qué?

Ellos sencillamente no entendían el *propósito* de la ley de Dios. Se concentraban tanto en su lucha por *no* cometer pecados, que no aplicaban muchos de los principios más importantes de la ley (Mateo 23:23; Hebreos 5:12).

Analícemos las confrontaciones que tuvieron con Jesús. Sus principales discrepancias giraban en torno a la observancia del sábado. Les enfurecía el hecho de que Jesús sanara a los enfermos en ese día. Según sus creencias, sólo en casos de vida o muerte se permitía prestar ayuda o tratamiento médicos. Por eso, cuando Jesús hacía milagros en el sábado —sanando a personas que habían estado enfermas o inválidas por años—, en lugar de alegrarse por aquellos que habían sido sanados, se ponían iracundos en contra de Jesús.

Los fariseos no eran capaces de ver el bien que Jesús estaba haciendo al mostrar amor, compasión y misericordia por la gente, que son la razón misma de las leyes de Dios. Él libraba a las personas del infortunio en que habían vivido por tantos años. El hecho de que Jesús efectuara tales actos de misericordia en el sábado es prueba de que hacer ese tipo de obras *no* quebranta la observancia de ese día.

Debido a la voluntaria ceguera espiritual de los fariseos hacia el propósito de la ley, así como su hostilidad que también violaba los principios de ella, Jesús los llamó hipócritas y víboras.

## Tenemos que cambiar lo que somos

Algunas veces nosotros también podemos cometer el mismo error de los fariseos. Podemos llegar a preocuparnos tanto por cumplir con determinado aspecto de la ley que perdemos de vista su *propósito*: el interés y el amor por nuestros semejantes.

Es fácil pensar que todo lo que tenemos que hacer es cumplir con la ley al pie de la letra. Pero ¿qué fue lo que Jesús dijo? “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17:10).

Sólo podemos complacer a Dios cuando vamos *más allá* del simple

## ¿Qué tiene de malo el pecado?

Uno de los principios fundamentales de la Biblia nos ayuda a entender por qué Dios quiere que dejemos de pecar y que nos volvamos a él. Ese principio es: ¡Cosechamos lo que sembramos!

El apóstol Pablo lo explica así: “No se engañen: de Dios nadie se burla. Cada uno cosecha lo que siembra” (Gálatas 6:7-8; todos los pasajes citados en este recuadro son de la Nueva Versión Internacional). En otra epístola, y refiriéndose a la humanidad en general, dice: “Dejan ruina y miseria en sus caminos, y no conocen la senda de la paz” (Romanos 3:16-17; ver Isaías 59:7-8).

El pecado, la desobediencia a Dios, trae como resultado *sufrimiento* y *dolor*. Dios aborrece las actitudes y obras pecaminosas (Proverbios 8:13) *debido a sus terribles consecuencias*. El pecado conduce al rompimiento de relaciones, a la violencia y al sufrimiento, y nos separa de Dios (Isaías 59:1-2).

En el libro de los Proverbios se describe vívidamente el *absoluto egoísmo* que encierran los pecados en que no se tiene consideración hacia el prójimo, y que en ocasiones llegan a ser inhumanos: “Hijo mío, si los pecadores quieren engañarte, no vayas con ellos.

Éstos te dirán: ‘¡Ven con nosotros! Acechemos a algún inocente y démonos el gusto de matar a algún incauto; traguémonos a alguien vivo, como se traga el sepulcro a la gente; devorémoslo entero, como devora la fosa a los muertos. Obtendremos toda clase de riquezas; con el botín llenaremos nuestras casas. Comparte tu suerte con nosotros, y compartiremos contigo lo que obtengamos’.

“¡Pero no te dejes llevar por ellos, hijo mío! ¡Apártate de sus senderos! Pues corren presurosos a hacer lo malo; ¡tienen prisa por derramar sangre! De nada sirve tender la red a la vista de todos los pájaros, pero aquéllos acechan su propia vida y acabarán por destruirse a sí mismos. Así terminan los que van tras ganancias mal habidas; por éstas perderán la vida” (Proverbios 1:10-19).

El pecado es como una trampa y la iniquidad como una red. Pueden parecer inofensivos hasta que empiezan a verse los resultados. Entonces el pecador es atrapado, engañado por su propia insensatez. El pecado no sólo daña a otros; también destruye el carácter del pecador y en ocasiones pone en peligro su vida.

No existe ningún pecado inofensivo; al final, el pecado hace que todos pierdan. Para

cumplimiento de la letra de la ley. Pocos días antes de ser crucificado, Jesús esclareció este principio: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria . . . serán reunidas delante de él todas las naciones . . . Entonces el rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.

”Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les

recibir una clara enseñanza sobre los frutos de vivir conforme a los caminos de Dios, en contraste con los resultados de vivir de manera pecaminosa, por favor lea todo el primer salmo.

Con frecuencia el pecado resulta atrayente debido a que brinda oportunidades para obtener satisfacciones y placeres inmediatos. Así, nosotros constantemente tenemos que tomar decisiones. Por lo tanto, es de suma importancia que pensemos en cuáles serán las consecuencias de tales decisiones.

Veamos un ejemplo: “Por la fe Moisés, ya adulto, renunció a ser llamado hijo de la hija del faraón. Prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios a disfrutar de los efímeros placeres del pecado. Consideró que el oprobio por causa del Mesías era una mayor riqueza que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa [que Dios le dará]” (Hebreos 11:24-26).

Muchas veces resulta difícil ver el resultado final del pecado. Debido a que el diablo es el dios de este mundo (2 Corintios 4:4), y ayuda a los que deciden pecar (Mateo 4:8-10), la inmoralidad puede parecer una forma pronta y segura de obtener placer y cosas agradables.

Pero tales cosas obtenidas inmoralmemente cobran un precio muy alto, como claramente se muestra en este salmo:

“Sentí envidia de los arrogantes, al ver la prosperidad de esos malvados . . . Son burlones, hablan con doblez, y arrogantes oprimen y amenazan. Con la boca increpan al cielo, con la lengua dominan la tierra. Por eso la gente acude a ellos y cree todo lo que afirman . . . Así son los impíos; sin afanarse, aumentan sus riquezas. En verdad, ¿de qué me sirve mantener mi corazón limpio y mis manos lavadas en la inocencia, si todo el día me golpean y de mañana me castigan? . . .

“Cuando traté de comprender todo esto, me resultó una carga insoportable, hasta que entré en el santuario de Dios; *allí comprendí cuál será el destino de los malvados*: En verdad, los has puesto en terreno resbaladizo, y los empujas a su propia destrucción. ¡En un instante serán destruidos, totalmente consumidos por el terror! Como quien despierta de un sueño, así, Señor, cuando tú te levantes, desecharás su falsa apariencia . . .

“Perecerán los que se alejen de ti; tú destruyes a los que te son infieles. Para mí el bien es estar cerca de Dios. He hecho del SEÑOR Soberano mi refugio para contar todas sus obras” (Salmos 73:3-28).

No importa cuántos placeres o beneficios efímeros se puedan tener, ¡todo eso no compensa las consecuencias presentes y futuras del pecado! □



dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.

”Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis . . . E irán éstos [los que no hicieron estas cosas] al castigo eterno, y los justos [los que las hicieron] a la vida eterna” (Mateo 25:31-43, 46).

Jesús explicó este mismo principio con otros ejemplos. Su parábola acerca del rico y Lázaro (Lucas 16:19-31) nos ilustra acerca del pecado de omisión. El hombre rico nunca tomó en cuenta al pobre mendigo; para él, su vida no tenía ninguna importancia, pero para Dios sí era valiosa.

Otro acaudalado hombre pensaba construir más graneros para poder guardar la abundante cosecha que había tenido ese año, pero no pensaba en ayudar a los necesitados (Lucas 12:16-21). Sólo pensaba en conservar toda esa gran abundancia de bienes para sí, sin importarle el hambre o la necesidad que tenían otros. Este es otro ejemplo del pecado de omisión.

Abundan las oportunidades para hacer lo que sabemos que debemos hacer. Podemos empezar con nuestra propia familia, haciendo lo necesario para que sea fuerte, afectuosa y una fuente de aliento y apoyo para todos sus miembros. También tenemos muchas oportunidades fuera de la familia. En Santiago 1:27 se nos dice que “la religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es ésta: atender a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y conservarse limpio de la corrupción del mundo” (NVI).

Dios quiere que lleguemos a ser más compasivos, que amemos a nuestros semejantes, que personifiquemos lo que son los caminos de la verdadera justicia. Quiere que cada día nos parezcamos más a Jesucristo, quien ofrendó su vida en sacrificio por toda la humanidad. En la vida existen muchas oportunidades para animar, fortalecer y mostrar amor hacia quienes lo necesitan. Cuando lo hacemos, estamos haciendo buenas obras, *sacrificando* nuestro tiempo y energía por el bienestar y provecho de otras personas.

### Entendamos por qué pecamos

Ahora que ya hemos visto cómo se define el pecado en la Biblia, por lo que hacemos y lo que no hacemos, analicemos otra pregunta muy importante: *¿Por qué pecamos?*

El apóstol Pablo explica claramente la frustración que todos sentimos ante el pecado: “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Romanos 7:15).

Debido a que Pablo era tan humano como nosotros, se lamentó: “Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino *el pecado que mora en mí*. Y yo sé que en mí, esto es, *en mi carne*, no mora el bien; porque el *querer el bien* está en mí, pero no el *hacerlo*” (vv. 16-18).

Como lo menciona el apóstol, es muy limitada nuestra capacidad natural para someternos correctamente a las normas y los principios que Dios ha establecido en su ley. Jesús explicó que nosotros podemos desear y estar *dispuestos* a hacer lo correcto, pero fallamos porque nuestra naturaleza humana es débil y predispuesta a la tentación. “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41). Es la *debilidad de la carne* lo que nos conduce al pecado.

Entendamos, pues, esta debilidad de la carne. Veamos en la Biblia por qué es que frecuentemente cedemos en nuestro propósito de no pecar y caemos en tentación.

Otro de los apóstoles explica claramente que el pecado se origina en los apetitos carnales, porque “cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces *la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado . . .*” (Santiago 1:14-15).

Nuestra condición humana no es inherentemente mala, pero sí es *débil*. El resultado de esto es que nuestros apetitos carnales nos tientan y nos conducen al pecado.

El apóstol Pablo pudo entender claramente la magnitud de este problema, por lo que exclamó: “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). En el versículo siguiente podemos leer lo que él mismo se contestó: “Gracias doy a Dios, *por Jesucristo Señor nuestro*. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas *con la carne* a la ley del pecado”. Pablo deja muy claro que el pecado se origina por no controlar nuestros *apetitos carnales*.

### ¿Cuándo es malo desear algo?

Desear algo, ¿es siempre malo? Cuando el apóstol Pablo dijo: “Yo sé que en mí, esto es, *en mi carne, no mora el bien . . .*” (Romanos 7:18), ¿quiso decir que todos nuestros deseos son malos? De ninguna manera.

También pudo haber dicho: “Yo sé que en mí no mora nada que sea inherentemente malo”.

La carne, en sí y por sí misma, es neutra en lo que al pecado y a la justicia se refiere. De hecho, en Génesis 1:31 se nos hace saber lo que Dios pensó al concluir su creación, que incluyó a Adán y Eva, seres físicos lo mismo que nosotros: “Vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era *bueno en gran manera*”. Nada de lo que Dios ha hecho es inherentemente malo.

Los apetitos y necesidades naturales de nuestro cuerpo deben confirmarnos que Dios los creó con un propósito bueno y saludable. Si no sintiéramos el deseo de comer, moriríamos de inanición. Pero ese mismo deseo, si no se controla, puede llevarnos a los excesos y a la glotonería. Los apetitos y deseos naturales de la carne no son pecaminosos en sí; es la forma en que los *usamos* la que viene a ser buena o mala. Si no tuviéramos deseos, nuestra vida sería monótona y sin propósito. Los deseos son la fuerza que nos impele. Por eso fue que Dios creó las necesidades físicas que avivan los deseos o urgencias de nuestro cuerpo.

### La importancia del dominio propio

Nuestra lucha, pues, consiste en gobernar apropiadamente nuestros deseos. Dios espera que busquemos y utilicemos su ayuda a fin de que podamos dirigirlos hacia lo que es lícito.

Cuando el apóstol Pablo habló en su propia defensa ante el gobernador romano Félix, disertó “acerca de la justicia, del *dominio propio* y del juicio venidero” (Hechos 24:25). Ejercer dominio propio es de vital importancia. En Romanos 13:14 se nos exhorta: “*No proveáis para los deseos de la carne*”. En otras palabras, lo que debemos hacer es controlar nuestros deseos para que no se conviertan en codicia ni en acciones pecaminosas.

El pecado siempre tiene efectos colaterales. Cuando ciertos deseos no se controlan, provocan otras reacciones. Resulta especialmente afectada la actitud hacia Dios y hacia otras personas. Se va arraigando un espíritu negativo y erróneo. Por eso es que en 2 Corintios 7:1 el apóstol Pablo nos amonesta: “Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios”.

### La mente carnal

Con respecto a una mente cegada por “las concupiscencias de la carne” (2 Pedro 2:18) y “las asechanzas del diablo” (Efesios 6:11), el apóstol

Pablo escribió lo siguiente: “Los que viven según la carne, piensan en los deseos de la carne. Pero los que viven según el Espíritu, piensan en los deseos del Espíritu. *La inclinación de la carne* es muerte, pero *la inclinación del Espíritu* es vida y paz. Porque *la inclinación de la carne es contraria a Dios, y no se sujeta a la Ley de Dios, ni tampoco puede. Así, los que viven según la carne no pueden agradar a Dios*” (Romanos 8:5-8, Nueva Reina-Valera). (No deje de leer el recuadro “¿Qué es lo que anda mal con la naturaleza humana?”, pp. 22-23.)

Dos capítulos antes, en esta misma epístola, Pablo usa el ejemplo de la esclavitud a fin de esclarecer aún más cuán fuertemente pueden subyugarnos los apetitos de la carne bajo la influencia de Satanás: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais

## ¿Debemos obedecer los mandamientos de Dios?

Jesús expresamente nos señala que en nuestra obediencia debemos incluir los Diez Mandamientos.

“Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 19:16-19).

La obediencia a Dios comienza cuando reconocemos al Decálogo como la pauta permanente de nuestro comportamiento. Pero nuestra obediencia debe ir *más allá* de la simple obediencia a los Diez Mandamientos.

Jesús también dijo: “No crean ustedes que yo he venido a poner fin a la ley ni a las enseñanzas de los profetas; no he veni-

do a ponerles fin, *sino a darles su verdadero significado*. Pues les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, no se le quitará a la ley ni un punto ni una letra, hasta que suceda todo lo que tiene que suceder. Por eso, el que no obedece uno de los mandatos de la ley, aunque sea el más pequeño, ni enseña a la gente a obedecerlo, será considerado el más pequeño en el reino de Dios. Pero el que los obedece y enseña a otros a hacer lo mismo, será considerado grande en el reino de Dios” (Mateo 5:17-19, Versión Popular).

Es pecado no dar importancia o *negarse a cumplir* con lo que Dios nos manda. Jesús dejó bien claro que no tenía intención alguna de anular o abolir ningún mandamiento proveniente de Dios, y que cualquiera que pretendiera hacerlo o enseñar a otros a hacerlo estaría en un serio peligro espiritual. (Si desea estudiar más sobre este tema, no deje de solicitar nuestro folleto gratuito *Los Diez Mandamientos*.) □

*esclavos del pecado*, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser *siervos de la justicia*” (Romanos 6:16-18).

### Remedio para la debilidad de la carne

La ley espiritual de Dios es santa, justa y buena (Romanos 7:12, 14) y es perfecta (Salmos 19:7). Pero también se nos explica que aunque la ley *define* lo que es pecado (Romanos 7:7), no puede *evitarlo*. Nos da entendimiento acerca de la debilidad de la carne, pero no nos da el *poder* para vencerla.

“En efecto, la ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder; por eso Dios envió a su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores, para que se ofreciera en sacrificio por el pecado. Así condenó Dios al pecado en la naturaleza humana, a fin de que las justas demandas de la ley se cumplieran en nosotros, que no vivimos según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu” (Romanos 8:3-4, NVI).

El poder para dominar nuestros impulsos y apetitos carnales *tiene que provenir de Dios por medio de su Espíritu*. “Así que les digo: Vivan por el Espíritu, y no seguirán los deseos de la naturaleza pecaminosa. Porque ésta desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren” (Gálatas 5:16-17, NVI).

Enseguida veremos cómo nuestras transgresiones son perdonadas, a fin de que podamos recibir el Espíritu de Dios y adquirir el poder para rechazar y vencer el pecado.

## ¿Por qué debemos bautizarnos?

El verdadero arrepentimiento nos lleva a rendirnos incondicionalmente a la voluntad de Dios. Cuando uno llega a ese punto, el siguiente paso es seguir la exhortación del apóstol Pedro: “. . . *bautícese* cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados . . .” (Hechos 2:38).

Una de las costumbres más antiguas del cristianismo es el bautismo en agua. Aunque algunos lo consideran ineficaz y anticuado, la realidad es que encierra un simbolismo muy profundo.

Para poder entender el significado del bautismo, analicemos brevemente sus antecedentes históricos. “En algún momento cerca del tiempo de Jesús, el judaísmo empezó a dar mucha importancia a los lavamientos rituales para la purificación. Esto se basaba en el hecho de que los sacerdotes tenían que bañarse antes de ofrecer sacrificios (Levítico 16:4, 24). Probablemente poco antes del tiempo de Jesús, o en su tiempo, los judíos empezaron a bautizar a los gentiles conversos, aunque la circuncisión continuaba siendo el rito principal para ingresar en el judaísmo” (*The Holman Bible Dictionary* [“Diccionario bíblico de Holman”], 1991).

Debido a este antecedente, nadie consideraba extraño que Jesús o sus apóstoles hicieran hincapié en la necesidad de bautizarse. Pero además del simbolismo relativo al lavamiento de impurezas, el bautismo tenía un significado mucho más importante para Jesús y los apóstoles.

### Sólo el comienzo

El bautismo simboliza varias verdades espiritualmente profundas. Representa la muerte, sepultura y resurrección, tanto de Jesús como de nosotros.

El bautismo es una prueba de que reconocemos la necesidad de la sangre derramada de Jesucristo por nuestros pecados y simboliza la sepultura de nuestra vida anterior en esa tumba acuática. Y así como Jesús fue resucitado como un ser espiritual, nuestra salida de esa tumba de agua simboliza nuestra nueva vida espiritual. Nuestro entendimiento acerca de lo que son el arrepentimiento y la conversión verdaderos hace del bautismo algo superior a un rito simbólico; viene a ser un acto que *cambia profundamente* nuestra vida.

## La relación entre el método bautismal y su significado

¿Cuál es el método correcto para llevar a cabo el bautismo? ¿Es rociar o derramar agua sobre la persona, o debe ésta ser sumergida? ¿O existe algún método distinto? Tal como lo demuestran la mayoría de los diccionarios bíblicos, la voz griega que se traduce en español por "bautizar" es *baptizo*, que quiere decir "sumergir", "hundir". En el idioma griego existen varias palabras que se refieren a rociar o derramar, pero ninguna de ellas se usa en relación con el bautismo.

En todos los ejemplos bíblicos podemos ver que el rito del bautismo siempre se llevó a cabo en un lugar donde había aguas lo suficientemente profundas como para sumergir a la persona. Por ejemplo, en Juan 3:23 leemos que Juan el Bautista "bautizaba también en Enón, junto a Salim, *porque había allí muchas aguas*". En Mateo 3:16 se nos dice que "Jesús, después que fue bautizado, *subió luego del agua*".

Todos los demás ejemplos de bautismo efectuados por los discípulos de Jesús que se mencionan en la Biblia siguen este mismo patrón. En Hechos 8:38-39 leemos que Felipe y el eunuco "*descendieron ambos al agua*", y después de efectuado el bautismo "*subieron del agua*". En las Escrituras no se encuentra ningún otro método de bautismo en agua.

La inmersión es el único método o procedimiento correcto de bautismo, por una razón muy importante: el apóstol Pablo describió claramente el bautismo como una sepultura simbólica: "¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque *somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo . . .*" (Romanos 6:3-4). Ningún otro método de bautismo, a excepción de la completa inmersión en agua, puede representar una verdadera sepultura. El bautismo simboliza la sepultura de nuestro viejo ser.

En la Biblia vemos que el bautismo debe llevarse a cabo en donde haya suficiente agua para que la persona pueda ser sumergida completamente. Este método de bautismo tiene un profundo significado.

En Romanos 6 leemos que este rito no sólo representa la sepultura de nuestro viejo yo, sino también *nuestra fe en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús* como nuestro Señor y Maestro. Es además una figura de nuestra resurrección de una muerte simbólica a una nueva vida de conversión al salir de la tumba acuática del bautismo. Simboliza también nuestra fe en que, así como Jesús fue resucitado, Dios nos resucitará a nosotros a la inmortalidad cuando Cristo retorne. □

Es importante darnos cuenta de que el bautismo no es el final del proceso de conversión, sino ¡apenas *el principio!* En Romanos 6, el apóstol Pablo nos exhorta a que "andemos en vida nueva" (v. 4) y a que nos consideremos "muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (v. 11). El bautismo es una muestra *exterior* de un cambio *interior* del corazón y de la mente.

Luego, en Colosenses 3:9-10 el apóstol nos aconseja: "Dejen de mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de *la vieja naturaleza* con sus vicios, y se han puesto el de *la nueva naturaleza*, que se va renovando en conocimiento a imagen de su Creador" (Nueva Versión Internacional).

En la Epístola a los Hebreos se nos asegura que el sacrificio de Cristo, el cual viene a aplicarse a nuestra vida mediante el bautismo (Romanos 6:1-6), "purificará nuestra conciencia de las obras que conducen a la muerte, a fin de que sirvamos al Dios viviente" (Hebreos 9:14, NVI). Esto quiere decir que, por medio del arrepentimiento y el bautismo, recibimos el perdón de nuestros pecados pasados y ya no debemos sentirnos culpables por ellos.

¿Cuán grande es el perdón de Dios? El rey David escribió: "Tan grande es su amor por los que le temen como alto es el cielo sobre la tierra. Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones como lejos del oriente está el occidente" (Salmos 103:11-12, NVI).

Inspirado por Dios, uno de los antiguos profetas escribió: "Vengan, pongamos las cosas en claro —dice el SEÑOR—. ¿Son sus pecados como escarlata? ¿Quedarán blancos como la nieve! ¿Son rojos como la púrpura? ¿Quedarán como la lana!" (Isaías 1:18, NVI). Por medio del sacrificio de Jesucristo, las aguas del bautismo lavan nuestros pecados (Hechos 22:16). A partir de ese momento podemos vivir con la conciencia tranquila.

### ¿Por qué necesitamos el sacrificio de Cristo?

En la Biblia se nos dice que "la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6:23). Sólo por medio del sacrificio de Jesucristo podemos recibir esa dádiva de la vida. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

En Isaías 59:2 se nos declara que nuestros pecados nos han separado de Dios. Pero la muerte de Jesucristo nos ofrece la oportunidad de reconciliarnos con él.

En dos de sus epístolas, el apóstol Pablo nos explica lo siguiente: “Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:8-10).

“Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz. En otro tiempo ustedes, por su actitud y sus malas acciones, estaban alejados de Dios y eran sus enemigos. Pero ahora Dios, a fin de presentarlos santos, intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte” (Colosenses 1:19-22, NVI).

## ¿Cuánto nos costará seguir a Jesucristo?

El bautismo representa el compromiso más serio que podamos hacer. Simboliza nuestro intenso deseo de someternos total y absolutamente a la voluntad de nuestro Creador, haciendo morir en nosotros el viejo yo y saliendo luego de la tumba acuática para vivir una vida nueva y transformada.

Debido a que esta decisión encierra un tremendo compromiso, en la Biblia se nos aconseja no tomarla a la ligera o precipitadamente.

Grandes multitudes eran atraídas por Jesús y por sus enseñanzas, y algunas veces lo seguían de un lugar a otro. Conociendo la actitud de la gente, en cierta ocasión les dijo: “El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo necesario para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este

hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz” (Lucas 14:27-32).

Jesús usó estos dos ejemplos para hacerles entender que debían calcular el costo. En otras palabras, reconocer y aceptar las consecuencias del compromiso que representa el seguirlo a él. Primero dio el ejemplo de alguien que empieza la costosa y prolongada construcción de un edificio. Hizo notar que nadie debería empezar semejante empresa sin antes estar seguro de poder terminarla.

En el segundo ejemplo comparó nuestro compromiso con la determinación de declarar una guerra, e iniciar así la enorme y agotadora lucha en la que tendremos que enfrentarnos a dificultades, fracasos y derrotas. ¿Estamos dispuestos a mantener nuestro compromiso

Muchos siglos antes del nacimiento de Jesús, fue profetizado que él moriría por nuestros pecados. Con respecto a su sufrimiento y sacrificio, uno de los antiguos profetas escribió: “Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, hecho para el sufrimiento. Todos evitaban mirarlo; fue despreciado, y no lo estimamos. Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios, y humillado. Él fue traspasado por nuestras rebeliones, y molido por nuestras iniquidades; sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz, y gracias a sus heridas fuimos sanados. Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el SEÑOR hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros” (Isaías 53:3-6, NVI).

En Romanos 6:3-4 Pablo explica la relación que existe entre la muerte de Jesucristo y nuestro bautismo: “¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos a Cristo Jesús, en realidad fuimos

en esa contienda hasta el fin, sin importar el sacrificio personal que pueda costarnos?

En el versículo 33 Jesús nos dice que nuestro compromiso debe ser total: “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo”. El bautismo representa un compromiso consciente y deliberado de poner a Dios por sobre todas las cosas, sin importar el costo.

Lo que él espera de nosotros es que en verdad nos comprometamos seriamente a hacer su voluntad. Pero la recompensa es muy grande. Y, además, su promesa para cada persona que decide obedecerlo es: “No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con confianza: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (Hebreos 13:5-6).

En Filipenses 1:6 el apóstol Pablo nos dice: “El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. A pesar de todas las dificultades que tuvo que sufrir, Pablo siempre estuvo seguro de que su futuro le estaba garantizado. Dijo: “Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman

su venida” (2 Timoteo 4:8). Este siervo de Dios estaba plenamente convencido de que “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

Antes de ser bautizados debemos pensar detenidamente en el costo. Cuando nos arrepentimos, somos bautizados y recibimos el Espíritu de Dios, ya no hay forma de retroceder. Jesús nos dice que no debemos vacilar en nuestro compromiso. En cierta ocasión en que un hombre vaciló en seguirlo, Jesús le dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62).

El futuro que Dios nos ofrece es tan maravilloso que los desafíos y dificultades que podamos enfrentar en el camino son mínimos en comparación (Romanos 8:18). Por eso es que en Hebreos 2:1-3 se nos advierte que “es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” □

bautizados para participar en su muerte? Por tanto, *mediante el bautismo fuimos sepultados con él* en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, *también nosotros llevemos una vida nueva*". En el versículo 6 dice: "Sabemos que *nuestra vieja naturaleza fue crucificada con él* para que nuestro cuerpo pecaminoso perdiera su poder, de modo que ya no siguiéramos siendo esclavos del pecado" (NVI).

### Comprados por un precio

Antes de ser bautizados, en la Biblia se nos considera como esclavos de nuestra naturaleza pecaminosa. Pero cuando somos bautizados y nuestros pecados son perdonados, Dios nos considera como siervos de justicia. Somos *redimidos*, liberados de la esclavitud del pecado para venir a ser siervos de la verdadera justicia (Romanos 6:16-19).

Lo que sucede cuando nos bautizamos es, de hecho, un traspaso de propiedad, gracias al cual nuestra vida ahora pertenece a Dios. De ese momento en adelante nos comprometemos a decirle, *con nuestras acciones*, lo mismo que le dijo Jesús: "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 22:42).

El apóstol Pablo nos hace notar que este traspaso de derecho tuvo un costo: "[Vosotros] habéis sido *comprados por precio*; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Corintios 6:20). Otro de los apóstoles nos aclara cuál fue el precio: "Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con *la sangre preciosa de Cristo*, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pedro 1:18-19).

### Jesús ordenó el bautismo

Para Jesús, la ceremonia del bautismo —la cual, conforme a la mayoría de los ejemplos bíblicos es seguida por la imposición de manos— era tan importante que ordenó a sus discípulos a que fueran por todo el mundo y bautizaran a las personas que creyeran el evangelio. "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo . . ." (Marcos 16:15-16).

En Hechos 2:38 vemos que el apóstol Pedro hizo hincapié en que, después de arrepentirnos, necesitamos ser bautizados a fin de que podamos recibir la dádiva del Espíritu Santo.

El bautismo implica un compromiso serio y profundo que transforma nuestra vida. Por lo tanto, es sólo para quienes tienen la madurez suficiente para entender la gran importancia de su decisión.

Salvo en los casos excepcionales de algunas personas en sus últimos años de adolescencia, los jóvenes y niños aún no son capaces de comprender debidamente el compromiso de por vida que representa tal decisión. En todos los casos bíblicos de bautismo podemos ver que las personas bautizadas contaban con la edad y la madurez suficientes como para comprender lo que es el arrepentimiento, el bautismo y la seriedad de tal decisión. (Al respecto, no deje de leer el recuadro "¿Cuánto nos costará seguir a Jesucristo?", pp. 36-37.) En la Biblia no encontramos un solo caso en que un bebé o un niño de cualquier edad haya sido bautizado.

Simbólicamente, el bautismo en agua nos lava de nuestros pecados pasados (Hechos 22:26), y Jesucristo no nos abandona para que nos enfrentemos solos al futuro. Nos ofrece la maravillosa dádiva del Espíritu Santo a fin de que tengamos la fortaleza que necesitamos para llevar una vida de obediencia y fe.

### Cómo otorga Dios su Espíritu

Cuando nos arrepentimos y somos bautizados, recibimos dos dones. Uno de ellos es el perdón de nuestros pecados; todos nuestros errores pasados son borrados y somos perdonados totalmente. El otro es la dádiva del Espíritu Santo, el cual Dios le da a la persona cuando, después de ser bautizada, le son *impuestas las manos* por uno o más de sus fieles siervos (Hechos 8:14-17).

En las Escrituras se habla de la imposición de manos como uno de los aspectos fundamentales de la doctrina de Jesucristo (Hebreos 6:1-2). Esta ceremonia, lo mismo que el bautismo, representa un paso importante en la conversión de la persona. ¿Por qué? Porque en la mayoría de los ejemplos del Nuevo Testamento se nos muestra que es por medio de la imposición de manos de los siervos de Cristo, que Dios *da su Espíritu* a los nuevos conversos.

Al igual que el bautismo, la imposición de manos tiene su origen en el Antiguo Testamento. En aquellos tiempos esta costumbre, frecuentemente acompañada de la unción con aceite, se usaba para consagrar a los hombres que habían de servir a Dios como reyes o sacerdotes. También se usaba algunas veces para consagrar sacrificios u otras cosas para uso

santo. Igualmente, la imposición de manos después del bautismo significa que la persona recién bautizada ha sido consagrada a Dios a partir de ese momento.

Desde la época de los apóstoles, la imposición de manos después del bautismo determina el momento en que se recibe el Espíritu Santo y la persona es consagrada como un hijo o hija de Dios. Sólo por medio de la dádiva de ese Espíritu podemos desarrollar una verdadera actitud de obediencia y fe. La imposición de manos para recibir el Espíritu de Dios se menciona en Hechos 8:17 y 19:6, y en 2 Timoteo 1:6.

Cuando recibimos el Espíritu de Dios empezamos una *nueva vida* de crecimiento espiritual en la que reemplazamos nuestra naturaleza pecaminosa con la naturaleza divina de Dios (2 Pedro 1:4). El bautismo significa que somos apartados como hijos de Dios. El resultado es la guía y dirección que recibimos cuando el Espíritu de Dios mora en nosotros y nos guía hacia el Reino de Dios.

¿Cree usted que Dios lo está guiando para que lo conozca mejor y comprenda más claramente su Palabra y su voluntad? Si la respuesta es positiva, entonces debe pensar seriamente en proceder conforme a ese entendimiento que le está dando.

Uno debe ser bautizado por un verdadero siervo de Jesucristo, uno que tema a Dios y obedezca sus leyes. El apóstol Pablo escribió: “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:14-15).

La Iglesia de Dios Unida cuenta con ministros en muchas partes del mundo, quienes han sido preparados para poder aconsejar y bautizar a quienes sinceramente se han arrepentido ante Dios. Si usted considera que Dios lo está llamando y desea consultar con uno de nuestros ministros, por favor háganoslo saber y con mucho gusto lo pondremos en contacto con nuestro representante más cercano al lugar donde usted reside.

Después del bautismo, Dios empieza a cambiar nuestra vida por medio del poder de su Espíritu. Analicemos ahora lo que ese Espíritu hace en la vida de un verdadero seguidor de Jesucristo.

## El Espíritu Santo: El poder de conversión de Dios

Nadie puede vencer el pecado sin la ayuda de Dios. Aun en el caso de que por nuestra propia voluntad lográramos cambiar nuestras acciones, sólo Dios puede cambiar nuestra mente.

Por este motivo el apóstol Pablo exhortó a los cristianos de Roma diciéndoles: “No se amolden al mundo actual, sino *sean transformados mediante la renovación de su mente*” (Romanos 12:2, Nueva Versión Internacional). Leyendo en Romanos 8:14 podemos entender cómo obra el Espíritu de Dios en la vida de los seguidores de Jesús: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. Aquí vemos que, para que Dios nos considere sus hijos, debemos *dejarnos guiar* por su Espíritu.

En el versículo 9 se nos dice que si el Espíritu de Dios no mora en nosotros, entonces *no somos de Cristo*. Por esta razón es imprescindible que nos arrepintamos, seamos bautizados y nos sometamos incondicionalmente a la voluntad de Dios, para recibir la dádiva de su santo Espíritu.

Por lo que Pablo escribió en Colosenses 1:27 podemos entender que realmente somos cristianos cuando Cristo está en nosotros. En otras palabras, Cristo puede venir a morar en nosotros sólo cuando permitimos que el poder del Espíritu de Dios obre en nuestra vida.

En Gálatas 2:20 leemos acerca de la perspectiva de la vida que Pablo tenía después de haber recibido el Espíritu de Dios: “Con Cristo estoy

juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas *vive Cristo en mí*; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Habiendo sido sepultado junto con Jesucristo en la tumba acuática del bautismo, Pablo vivía ahora una vida que no era la de él. En otras partes también habla de la transformación que experimentó al permitir que Cristo viviera nuevamente su vida en él. Esa es la forma en que complacemos a Dios: imitando a su Hijo. El apóstol nos exhorta: “Imítenme a mí, como yo imito a Cristo”, y también: “La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús” (1 Corintios 11:1; Filipenses 2:5, NVI).

Pero en realidad no podemos vivir una vida de conversión solamente por nuestros propios esfuerzos. Si bien tenemos que hacer nuestra parte, logramos la victoria únicamente por medio del poder y la ayuda de *Dios*. Por lo tanto, la alabanza y el reconocimiento son para nuestro Creador.

Para poder imitar a Cristo debemos pedirle a Dios la ayuda de su Espíritu, a fin de que por ese poder logremos hacer que nuestros pensamientos, actitudes y acciones estén en armonía con los de él (2 Corintios 10:3-5). Debemos permitir que su Espíritu sea la fuerza que guíe nuestra vida a fin

## ¿Por qué los teólogos no pueden explicar la Trinidad?

**M**ucha gente piensa que el Espíritu Santo es una persona, y que junto con Dios el Padre y su Hijo Jesucristo constituyen lo que se conoce como la Trinidad. La doctrina de la Trinidad es la creencia de que Dios existe en tres personas distintas pero iguales. ¿Es realmente el Espíritu Santo una tercera persona de la divinidad, junto con el Padre y Jesús?

A pesar de todo lo que digan quienes sostienen tal creencia, la palabra *trinidad* ni siquiera aparece en la Biblia. De hecho, esta palabra vino a ser conocida como un término religioso siglos después de que fueran escritos los últimos libros de la Biblia. Según una fuente de información bíblica, “el término ‘Trinidad’ no se encuentra en la Biblia. Tertuliano lo

usó por primera vez al final del siglo segundo, pero no fue explicado formalmente ni conocido popularmente hasta los siglos cuarto y quinto” (*New Bible Dictionary* [“Nuevo diccionario bíblico”], 1996).

Este diccionario explica además que “la doctrina formal de la Trinidad fue el resultado de varios intentos fallidos al tratar de explicar qué y quién era el Dios cristiano . . . A fin de resolver estos problemas, los padres de la iglesia se reunieron en el concilio de Nicea en el año 325 para elaborar una definición bíblica ortodoxa de la identidad divina”. No obstante, no fue hasta el año 381, “en el concilio de Constantinopla, [que] la divinidad del Espíritu fue confirmada . . .” (*ibidem*).

de que podamos producir las cualidades del verdadero cristianismo. Debemos preguntarnos si realmente estamos siendo *guiados* por el Espíritu de Dios o si lo estamos contrarrestando.

### ¿Qué es el Espíritu Santo?

Para poder entender cómo obra el Espíritu de Dios en nosotros, tenemos que comprender qué es. Existe mucha confusión en este asunto.

Primero debemos entender que el Espíritu no es otra “persona” que junto con Dios el Padre y Jesucristo forman una “Santísima Trinidad”. En la Biblia sencillamente no existen pruebas que apoyen esta creencia popular. Generalmente, en las Escrituras se hace referencia al Espíritu Santo como el *poder de Dios* que obra en nuestra vida. Los que permiten que ese poder los *guíe* son “hijos de Dios” (Romanos 8:14).

¿Qué es lo que el Espíritu de Dios hace por nosotros? Esta pregunta tiene mucho que ver con el meollo de nuestras creencias, porque sin el poder del Espíritu de Dios no podemos tener una relación profunda con él ni podemos ser sus hijos. Sólo cuando el Espíritu de Dios mora en nosotros podemos ser considerados hijos de Dios (Romanos 8:14-17).

Vemos, pues, que la doctrina de la Trinidad fue formalmente establecida mucho tiempo después de la muerte de los apóstoles y de que la Biblia ya estuviera completa. A otros teólogos posteriores les tomó siglos explicar lo que creían con respecto al Espíritu Santo.

Y las explicaciones de los teólogos acerca de la doctrina de la Trinidad no son claras en absoluto. El escritor A.W. Tozer expone que la Trinidad es un “misterio incomprensible” y que los intentos para entenderlo serán “por siempre inútiles” (*The Knowledge of the Holy* [“El conocimiento de lo santo”], 1961, pp. 17-18). Él reconoce que las iglesias han continuado enseñando esta doctrina a pesar de que no la comprenden.

En su artículo sobre la Trinidad, otro diccionario confiesa que el concepto trinitario es humanamente incomprensible: “Todos los que con diligencia han tratado este asunto reconocen que la revelación en la Escritura

nos conduce a un profundo misterio, y que todos los esfuerzos humanos por lograr explicarlo son por necesidad imperfectos” (*Unger’s Bible Dictionary* [“Diccionario bíblico de Unger”], 1966, p. 1118).

¿Por qué aun aquellos que creen en la doctrina de que el Espíritu Santo es la tercera persona que junto con Dios y su Hijo Jesucristo forman una divinidad supuestamente trina, no pueden explicarla?

Simplemente ¡porque la Biblia no la enseña! ¡Uno no puede presentar como bíblico algo que no está en la Biblia! La Biblia es nuestra única fuente confiable de la revelación divina y la verdad, y la doctrina de la Trinidad no forma parte de la revelación de Dios para la humanidad.

En la Biblia, el Espíritu Santo no se describe como una persona, sino como el poder divino de Dios (ver el recuadro “¿Es el Espíritu Santo una persona?”, pp. 46-47). □



Debemos entender lo que significa ser “guiados por el Espíritu”. Dios nos ha dado libre albedrío, de manera que su Espíritu no nos obliga a vivir de cierto modo. No nos arrastra, controla ni empuja, sino que nos *guía*. No evitará que pequemos ni nos obligará a hacer lo correcto. Nos guía, pero nosotros debemos estar dispuestos a seguirlo.

## ¿Es el Espíritu Santo una persona?

En la Biblia se habla del Espíritu Santo en muchas formas que comprueban que no es un personaje divino. Por ejemplo, en Hechos 10:45 y 1 Timoteo 4:14 se menciona como un *don*. En 1 Tesalonicenses 5:19 se nos hace notar que puede ser *apagado*. También se nos dice que puede ser *deramado* (Hechos 2:17; 10:45), y que somos *bautizados en él* (Mateo 3:11). Debemos *avivarlo* (2 Timoteo 1:6) y es algo que nos *renueva* (Tito 3:5). Obviamente, estas no son características de una persona.

En Efesios 1 se nos dice que, después de que oímos la palabra de verdad, el evangelio de nuestra salvación, y creímos en Jesucristo, fuimos “sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia”, y que éste es “espíritu de sabiduría y de revelación” (vv. 13-14, 17).

En agudo contraste con Dios y Jesucristo, a quienes frecuentemente se comparan con los seres humanos hechos a imagen y semejanza de Dios, al Espíritu Santo se le representa de una forma completamente diferente y con la misma frecuencia. Se le describe como “paloma” (Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22; Juan 1:32) y como “lenguas de fuego” (Hechos 2:3-4). Jesús mismo lo describió como “ríos de agua viva” (Juan 7:37-39).

En los evangelios encontramos más pruebas de que el Espíritu Santo no es una persona. En Mateo 1:20 leemos que Jesús fue concebido “por obra del Espíritu Santo” (Nueva Versión Internacional). Sin embargo, cuando Jesús oraba al Padre o hablaba de él,

era precisamente a él a quien siempre llamaba Padre, no al Espíritu Santo (Mateo 10:32-33; 11:25-27; 12:50; 15:13; 16:17, 27; 18:10, 35).

Jesús jamás llamó Padre al Espíritu Santo, y nunca habló de éste como si fuera un tercer personaje de la divinidad. Jesús sólo hablaba de la relación entre él y Dios el Padre (Mateo 26:39; Marcos 13:32; 15:34; Juan 5:18, 22; 8:16, 18; 10:30; 13:3; 17:11).

Si existiera la Trinidad, es obvio que el apóstol Pablo lo hubiera entendido y enseñado con vehemencia. Pero en todas sus epístolas no se encuentra una sola alusión a tal idea. El saludo que generalmente usaba Pablo en sus cartas era: “Gracia y paz a vosotros, de nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. Este mismo saludo, con ligeras variaciones, aparece en cada una de las epístolas que llevan su nombre: Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; 1 Timoteo 1:2; 2 Timoteo 1:2; Tito 1:4; y Filemón 3. Como se puede ver, nunca se menciona el Espíritu Santo, lo cual sería un descuido inadmisibles si realmente éste fuera una persona igual a Dios y a Jesucristo.

Esto resulta aún más sorprendente si tenemos en cuenta que las iglesias a las que Pablo escribió contaban con muchos miembros que provenían de religiones politeístas. En ninguna de sus epístolas vemos que Pablo haya intentado siquiera explicar la Trinidad o que el Espíritu Santo fuera una persona igual a Dios y a Jesús.

## Ayuda divina por medio del Espíritu de Dios

¿Cómo nos guía el Espíritu de Dios? Analicemos algunas formas.

*El Espíritu Santo nos mantiene en contacto con la mente de Dios.* El Espíritu de Dios opera en y con nuestra mente. Uno de los apóstoles lo des-

En 1 Corintios 8:6 el apóstol categóricamente dice: “No hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede . . . y no hay más que un solo Señor, es decir, Jesucristo . . .” (NVI). No hace referencia alguna al Espíritu Santo como un personaje divino.

En el último libro de la Biblia (el último también en ser escrito) se nos habla de “un cielo nuevo y una tierra nueva”, de “la ciudad santa, la nueva Jerusalén”, y que en esa ciudad estará la morada de Dios entre los hombres, porque “Dios mismo estará con ellos y será su Dios” (Apocalipsis 21:1-3). Luego, en el versículo 22 leemos que en esa ciudad no habrá ningún templo “porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero [Jesucristo]”. Aquí tampoco se hace mención del Espíritu Santo, otra inexplicable omisión si éste realmente forma parte de una Trinidad.

En Juan 4:24 leemos que “Dios es Espíritu”, y en Lucas 1:35 vemos que un ángel se refiere al Espíritu Santo como “el poder del Altísimo”. Este es el mismo poder que los seres humanos podemos recibir de Dios.

En muchas otras partes de la Biblia se nos muestra una correlación directa entre el Espíritu Santo y el poder de Dios. Por ejemplo, en una de sus epístolas el apóstol Pablo nos recuerda que “no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de *poder*, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7). Otros pasajes también se refieren al Espíritu Santo como al poder de Dios (Miqueas 3:8; Zacarías 4:6).

En Lucas 4:14 podemos ver que Jesús empezó su ministerio “en el poder del Espíritu”. Refiriéndose al Espíritu Santo, el cual les enviaría después de su muerte y resurrección,

Jesús dijo a sus discípulos: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo . . .” (Hechos 1:8).

En su elocuente y apasionado sermón registrado en Hechos 10, el apóstol Pedro mencionó “cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (v. 38).

Aquí, el Espíritu Santo es identificado directamente con el poder por medio del cual Dios obraba en su Hijo, el poder por el cual Jesús realizó grandes milagros durante su ministerio. El Espíritu Santo es la presencia misma del poder de Dios que obra activamente en sus siervos (Salmos 51:11; 139:7).

Pablo expresaba su deseo de que sus hermanos en la iglesia abundaran “en esperanza por el *poder* del Espíritu Santo”, para que también por medio de ellos Jesucristo pudiera obrar de la misma manera que había obrado por medio de él, “con potencia de señales y prodigios, en el *poder* del Espíritu de Dios” (Romanos 15:13, 18-19).

Este es el Espíritu que fortalece a los seguidores de Cristo para que puedan ir creciendo y madurando en los caminos de Dios, transformando así su vida para llegar a ser como Jesucristo.

Cuando en la Biblia se hace referencia al Espíritu Santo con pronombres como “él” o “él mismo”, esto no prueba que el Espíritu Santo sea una persona. Como sabemos, en el idioma español estos pronombres (ya sean masculinos o femeninos) también son usados para referirse a objetos y hasta animales. □

cribe así: “El que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3:24). Por su Espíritu, Dios influye en nosotros para hacer lo que es bueno. Este es un tremendo contraste con el mundo que nos rodea y nuestra propia naturaleza humana, los cuales nos incitan a hacer lo malo.

El Espíritu Santo también nos ayuda a entender más claramente la verdad de Dios. Cuando Jesús prometió a los apóstoles que les enviaría el Espíritu, les dijo: “. . . él os guiará a toda la verdad” (Juan 16:13).

*El Espíritu nos inculca un entendimiento más profundo de la Palabra, el propósito y la voluntad de Dios.* Como se nos dice en 1 Corintios 2:9-11: “Como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido

## Un Sumo Sacerdote deseoso de interceder por nosotros

La clave para resolver el problema de la esclavitud del pecado radica en la ayuda que podemos recibir por medio de Jesucristo. Jesús nació no sólo para hacer posible el perdón de nuestro pasado, sino también para *ayudarnos a sobreponernos al pecado*, esos arraigados hábitos que son tan difíciles de arrancar de nuestra vida. Él es nuestro misericordioso Sumo Sacerdote (Hebreos 2:17-18; 8:1-2; 9:11-14; 10:19-23) que está a la diestra del Padre intercediendo constantemente por nosotros (Romanos 8:34).

Así como lo explicó uno de los apóstoles, “si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad” (1 Juan 1:9, Nueva Versión Internacional).

Y como nos lo asegura este mismo apóstol, Jesús siempre está dispuesto a ayudarnos a *triunfar sobre el pecado*: “Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Juan 5:4-5, NVI).

En la misma epístola, Juan, además de reconocer nuestras debilidades, nos anima para que no nos rindamos al pecado:

“Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no sólo por los nuestros sino por los de todo el mundo” (1 Juan 2:1-2, NVI).

Esto realmente debe darnos todo el ánimo que necesitamos en nuestra lucha diaria contra el pecado. Al fin y al cabo, Jesús mismo padeció las mismas tentaciones, por lo que entiende perfectamente nuestras flaquezas. “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:15-16).

¿Cómo podemos obtener esa ayuda? Jesús mismo nos contesta: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mateo 7:7-8). □

en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”.

Sin ese Espíritu, una persona no puede entender la Palabra y la voluntad de Dios, porque para ella “son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (v. 14).

*Por medio del Espíritu de Dios podemos vencer el pecado.* Cuando permitimos que el poder de Dios obre en nosotros, no hay ningún pecado al que no podamos sobreponernos. En Romanos 8:26 Pablo nos dice que “el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”. Luego, en Filipenses 4:11-12 ese mismo apóstol explicó cómo había aprendido a contentarse, cualquiera que fuera la situación en que se encontrara. Y enseguida declaró: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (v. 13).

La vida de los seguidores de Cristo es una lucha constante contra su naturaleza pecaminosa, a la que van venciendo poco a poco. Los triunfos, aunque no son fáciles de obtener, con la ayuda de Dios pueden lograrse; pues, como Jesús mismo nos asegura, “para Dios todo es posible” (Mateo 19:26; Marcos 10:27). Debemos estar conscientes de que Dios no quiere que continuemos siendo como éramos antes de que nos llamara. Más bien, debemos hacer caso a la exhortación que leímos al principio de este capítulo: “No se amolden al mundo actual, sino *sean transformados mediante la renovación de su mente*” (Romanos 12:2, NVI). Ser cristianos requiere que diariamente estemos *venciendo y creciendo*; en otras palabras, debemos controlar todos nuestros pensamientos a fin de poder llegar a tener una actitud como la de Jesucristo (2 Corintios 10:3-5; Filipenses 2:5).

*El Espíritu de Dios nos persuade y nos ayuda a ver el pecado como es realmente.* Refiriéndose al Espíritu Santo, el cual daría a sus seguidores, Jesús les dijo: “Cuando él venga, convencerá al mundo de su error en cuanto al pecado . . .” (Juan 16:8, NVI). Cuando el Espíritu de Dios obra en nuestra conciencia, nos ayuda a identificar y evitar el pecado. Cuando llegamos a ver nuestros pecados tal y como son en verdad, la culpabilidad que nos embarga es absolutamente real.

*El Espíritu de Dios produce buen fruto en nosotros.* Así como un manzano produce manzanas, el Espíritu Santo produce una clase especial de fruto en la vida del cristiano. En Gálatas 5:22-23 el apóstol Pablo

enumera los frutos que deben ser patentes en quienes son guiados por el Espíritu de Dios: “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (NVI). Cada uno de estos frutos merece un estudio cuidadoso, junto con un examen de uno mismo para ver hasta dónde se manifiestan tales frutos en su vida.

En su segunda epístola el apóstol Pedro resume el proceso que se requiere para alcanzar la madurez espiritual: “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales os ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de *la naturaleza divina*, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

”Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, tanto más *procurad hacer firme vuestra vocación y elección*; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:3-11).

*El Espíritu de Dios también nos consuela, alienta y ayuda.* Jesús prometió a sus seguidores que les enviaría el “Consolador” (Juan 14:16). El consuelo y apoyo verdaderos provienen de Dios, por medio de su Espíritu que mora en nosotros. No debemos preocuparnos excesivamente acerca de lo que pueda acontecer. El Espíritu de Dios nos da la seguridad de que no importa lo que suceda, como se nos dice en Romanos 8:28, “Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito” (NVI).

Esta seguridad nos proporciona una perspectiva de la vida que pocos tienen en estos tiempos. Un cristiano ciertamente puede sentirse desalentado, pero por medio del Espíritu Santo puede empezar a ver la vida de una manera diferente. Como lo mencionamos antes, la paz es uno de los frutos que el Espíritu de Dios produce en la vida de los cristianos.

## Cómo lograr la madurez espiritual

La Biblia nos enseña que el Espíritu Santo es el poder de Dios por medio del cual nuestra vida puede ser transformada. Una vez que comprendemos correctamente este principio, podemos entender mejor el propósito que el Creador del universo tiene para nosotros y cuál es su voluntad.

El apóstol Pablo nos exhorta a que “siguiendo la verdad en amor, *crezcamos* en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:15). En 1 Corintios 14:20 nos dice: “Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero *maduros* en el modo de pensar”.

Este proceso de crecimiento tiene que ver con nuestro dominio de los apetitos de la carne, reemplazándolos con la actitud de Cristo. Pero ¿cómo empezar?

Al respecto, otro de los apóstoles nos dice: “Ninguno que sea hijo de Dios practica el pecado, porque tiene la vida que Dios le ha dado; y no puede pecar porque es hijo de Dios” (1 Juan 3:9, Versión Popular).

Aquí no se está afirmando que como cristianos *nunca* volveremos a cometer un pecado (1 Juan 1:8), pues continuamos siendo falibles y aún estamos expuestos a la influencia de nuestra naturaleza y del depravado mundo en que vivimos. Lo que quiere decir es que un seguidor de Cristo no *acostumbra* pecar como parte de su modo normal de vivir. Antes bien, luchará con todas sus fuerzas para evitar el pecado, al grado de *huir* de las circunstancias que pudieran hacerle caer en la tentación (1 Corintios 6:18).

En Efesios 4 el apóstol Pablo nos enseña una fórmula práctica para vencer el pecado. Al leer detenidamente estos versículos notaremos tres pasos que necesitamos dar para cambiar nuestra vida pecaminosa por una que

muestre apropiadamente que Dios está obrando en nosotros. En los versículos 22 al 24 podemos ver tal fórmula: “En cuanto a la pasada manera de vivir, [1] *despojaos del viejo hombre*, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y [2] *renovaos en el espíritu de vuestra mente*, y [3] *vestíos del nuevo hombre*, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”.

### Desechar lo viejo

Como podemos ver, el primer paso es despojarnos del viejo hombre. Para hacer esto necesitamos darnos cuenta de que el viejo yo es nuestra naturaleza pecaminosa, la cual es hostil a Dios (Romanos 8:7).

Al utilizar la expresión *el viejo hombre*, Pablo nos da a entender que se está refiriendo tanto a nuestra mente inconversa como a los hechos pecaminosos que provienen de ésta. Como lo mencionamos antes, nuestro viejo yo debe ser muerto y sepultado en la tumba acuática del bautismo (Romanos 6:1-4).

Con el paso del tiempo, Dios va obrando milagrosamente por medio de su Espíritu a fin de que podamos ir deshaciéndonos de lo peor que hay en nosotros, los pecados que pensábamos que nunca podríamos vencer. Él puede liberarnos de esos pecados que nos mantuvieron esclavizados por tanto tiempo.

Con la ayuda de Dios, gradualmente vamos siendo liberados de esa forma errónea de pensar y vivir, la cual Pablo consideró como esclavitud (Romanos 6:16). Para librarnos de ese yugo, el apóstol nos dice: “Hagan morir todo lo que es propio de la naturaleza terrenal: inmoralidad sexual, impureza, bajas pasiones, malos deseos y avaricia, la cual es idolatría” (Colosenses 3:5, Nueva Versión Internacional).

A medida que estudiamos las Escrituras nos damos cuenta de que, incluso después de haber sido bautizados, continuamos viendo más claramente los aspectos negativos de nuestra naturaleza humana. En la Biblia se nos ayuda a ir reconociendo los cambios que aún necesitamos hacer. Si lo permitimos, la Palabra de Dios puede penetrar simbólicamente como una espada afilada hasta el fondo de nuestro ser y cortar todo lo malo, ya que “discierne los pensamientos del corazón” (Hebreos 4:12).

Con la ayuda de la Biblia podemos reconocer nuestros pensamientos y costumbres erróneos (ver el recuadro “Es imprescindible estudiar la Biblia”, pp. 52-53). Podemos rechazarlos y cambiarlos por pensamientos correctos y hechos que agradan a Dios. Pero *¡no podemos hacerlo solos!*

Necesitamos *avivar* el Espíritu de Dios que está en nosotros (2 Timoteo 1:6). Ese Espíritu nos puede ayudar a irnos renovando día a día, dándonos a nuestra nueva naturaleza la fortaleza que necesita para vencer el pecado. Con la ayuda del Espíritu de Dios podemos “hacer morir las obras de la carne” (Romanos 8:13).

Algunos fracasan en su lucha contra el pecado porque, en lugar de usar el poder que Dios nos otorga por medio de su Espíritu, tratan de vencerlo con su propia fuerza. El apóstol Pablo conocía muy bien esta deficiencia humana, pues entendía cómo la naturaleza del hombre afecta nuestra conducta: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí” (Romanos 7:21). Leyendo desde el versículo 15 podemos darnos cuenta de la lucha que sostenía este apóstol, y de hecho la que sostiene cada persona que quiere seguir a Cristo, entre su naturaleza humana y su nueva naturaleza.

Es sólo por medio de la presencia de Cristo en nosotros (Gálatas 2:20) que podemos vivir esa clase de nueva vida. Sólo él puede “redimirnos de toda iniquidad” y hacernos “para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Con la ayuda de Dios podemos vencer.

### Debemos dar cabida a lo bueno

El procedimiento para vencer el pecado no estará completo si sólo luchamos para deshacernos de lo viejo. Enseguida viene la parte más laboriosa. Con la ayuda de Dios debemos incorporar en nuestro carácter los aspectos positivos, que son todo lo contrario de las fallas que nos hemos encontrado. Como el apóstol Pablo nos exhorta, debemos vestirnos del “nuevo hombre” (Efesios 4:24) con todas sus nuevas cualidades. Debemos enfocar nuestra atención y nuestros esfuerzos en el comportamiento que queremos tener.

Ahora, nuestro deber es concentrarnos en lo positivo a fin de eliminar lo negativo. Aquí es donde los ejemplos que Pablo presenta nos resultan tan instructivos y provechosos: “Por lo cual, desecharo la mentira, hablad cada uno verdad con su prójimo . . .” (v. 25).

¿Cuándo deja de ser mentiroso un mentiroso? No basta con sólo cerrar la boca, porque puede seguir mintiendo en su mente. La única forma en que un mentiroso deja de serlo es cuando habla verdad en lugar de mentira.

Esta persona debe deshacerse de lo viejo y darle entrada a lo nuevo. Cuando un mentiroso empieza a pensar y decir la verdad de manera deliberada y constante, su arraigada costumbre de mentir y evadir la verdad

empieza a desaparecer y a morir. Eso es lo que sucede cuando, con la ayuda del Espíritu de Dios, luchamos por sobreponernos a nuestras viejas costumbres y las sustituimos con los caminos de Dios.

Con respecto al hurto, ¿cuándo deja de ser ladrón el que roba? Alguien que es ladrón no deja de serlo en los momentos o días en que no roba. La única forma en que un ladrón puede demostrar que ha dejado de serlo, es cuando empieza a hacer constantemente lo opuesto.

El robo es simplemente el hecho de apoderarse de algo en forma ilícita. Lo contrario al egoísmo, envidia o latrocinio es la actitud de *dar*. Con la ayuda de Dios un ladrón no sólo puede dejar de robar, sino que incluso puede aprender a *trabajar* para tener lo suficiente y “compartir con el que padece necesidad” (v. 28).

### ¿Palabras que edifican o que destruyen?

Otro ejemplo que nos presenta Pablo está relacionado con la forma en que nos comunicamos. Con frecuencia, nuestra lengua manifiesta claramente

## Es imprescindible estudiar la Biblia

El apóstol Pablo reprendió severamente a los cristianos en Corinto por sus actitudes y comportamiento que, en el aspecto espiritual, dejaban mucho que desear (1 Corintios 3:1-4). Les dijo que la causa de esa situación era, en parte, su *falta de conocimiento* de los caminos de Dios. Pablo escribió: “Vuelvan a su sano juicio, como conviene, y dejen de pecar. En efecto, *hay algunos de ustedes que no tienen conocimiento de Dios*; para vergüenza de ustedes lo digo” (1 Corintios 15:34, Nueva Versión Internacional).

No podemos honrar y servir de manera apropiada a Dios o a su Hijo a menos que *conozcamos cuál es su voluntad* (Romanos 12:2; Colosenses 4:12; Hebreos 10:36). Ese conocimiento lo adquirimos por medio del estudio *cuidadoso y metódico* de la Biblia. En 2 Timoteo 2:15 leemos la exhortación

que Pablo le hizo a uno de sus más allegados discípulos: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que *usa bien* la palabra de verdad”.

Un poco más adelante, en la misma epístola, le dijo: “Pero persiste tú en lo que has *aprendido* y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido *las Sagradas Escrituras* [en ese entonces sólo existían los escritos que ahora se conocen como el Antiguo Testamento], las cuales te pueden hacer *sabio para la salvación* por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:14-15).

¿Qué es lo que hace a las Escrituras tan necesarias para nuestra salvación? Pablo lo explica en los versículos 16-17: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para

cómo es en realidad nuestro temperamento, sea bueno o malo. Jesús mismo dijo que “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34). En Santiago 3:6 se nos dice que la lengua “es un fuego, un mundo de maldad”.

Mantenerse callado a fin de no hablar palabras deshonestas, puede ser una decisión correcta. Pero el guardar silencio no es en sí prueba de que nuestra naturaleza ha cambiado. Después de todo, “aun el necio, cuando calla, es contado por sabio” (Proverbios 17:28). La prueba de que se ha operado un cambio fundamental en nuestra naturaleza se hace evidente cuando empezamos a usar la lengua en forma positiva. “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29).

Para sobreponerse a los malos hábitos en el hablar, necesitamos pedirle a Dios que por medio de su Espíritu nos ayude para que podamos *confortar y estimular* a las personas en lugar de ofenderlas o criticarlas. Nuestra boca debe ser un “manantial de vida” y nuestras palabras como “plata escogida” (Proverbios 10:11, 20). Debemos pedirle a Dios que nos

instruir en justicia, *a fin de que el hombre de Dios sea perfecto*, enteramente preparado para toda buena obra”.

Aprendemos los caminos de Dios cuando estudiamos su Palabra y analizamos con detenimiento el significado de sus instrucciones. Notemos la actitud de uno de los salmistas: “¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día medito en ella. Tus mandamientos me hacen más sabio que mis enemigos porque me pertenecen para siempre. Tengo más discernimiento que todos mis maestros porque medito en tus estatutos. Tengo más entendimiento que los ancianos porque obedezco tus preceptos. Aparto mis pies de toda mala senda *para cumplir con tu palabra*. No me desvío de tus juicios porque tú mismo me instruyes. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Son más dulces que la miel a mi boca! *De tus preceptos adquiero entendimiento*; por eso aborrezco toda senda de mentira” (Salmos 119:97-104, NVI).

Notemos ahora la amonestación dada a algunos que no habían estudiado lo suficiente como para poder discernir correctamente la

voluntad de Dios: “En realidad, a estas alturas ya deberían ser maestros, y sin embargo necesitan que alguien vuelva a enseñarles las verdades más elementales de la palabra de Dios. Dicho de otro modo, necesitan leche en vez de alimento sólido. El que sólo se alimenta de leche es inexperto en el mensaje de justicia; es como un niño de pecho. En cambio, el alimento sólido es para los adultos, para los que tienen la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, pues *han ejercitado su facultad de percepción espiritual*” (Hebreos 5:12-14, NVI).

Al leer el resumen del apóstol Pablo en Filipenses 1:9-11 podemos darnos cuenta de la importancia que él le daba a nuestro crecimiento espiritual por medio del cuidadoso estudio personal de las Escrituras: “Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más *en conocimiento y en buen juicio*, para que disciernen lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (NVI). □

ayude para que nuestra conversación “sea siempre amena y de buen gusto” (Colosenses 4:6, NVI).

Podemos vencer nuestros modales vulgares esforzándonos por comportarnos correctamente. Con la ayuda del Espíritu de Dios, los cambios positivos que efectuemos se convertirán en cualidades permanentes de nuestro carácter.

### ¿Qué espíritu estará en usted?

El Espíritu de Dios es totalmente contrario al espíritu amargo e irascible que se nos menciona en Efesios 4:31-32: “Abandonen toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia. Más bien sean bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo” (NVI). Cuando permitimos que el viejo yo nos domine con sus hábitos corrompidos, de hecho le estamos dando “lugar al diablo” (v. 27). En cambio, cuando somos afables y comprensivos, reflejamos el Espíritu de Dios.

Quizá ahora podamos comprender por qué se nos aconseja no “apagar” el Espíritu de Dios (1 Tesalonicenses 5:19), que es lo que hacemos cuando

## Las oraciones que Dios escucha

Dios está enterado de todo lo que pensamos, decimos y hacemos. Y ni siquiera un pajarillo cae a tierra sin que él lo sepa (Mateo 10:29). Por tanto, cuando alguien está orando, Dios oye lo que está diciendo. Pero ¿tomará en cuenta todas las cosas que se le piden?

No siempre. Veamos lo que en la Biblia se nos dice al respecto: “La mano del SEÑOR no es corta para salvar, ni es sordo su oído para oír. *Son las iniquidades de ustedes las que los separan de su Dios.* Son estos pecados los que lo llevan a ocultar su rostro para *no escuchar*” (Isaías 59:1-2; todos los pasajes citados en este recuadro son de la Nueva Versión Internacional).

Jesús mismo nos aconseja: “Cuando oren, no sean como los hipócritas, porque a ellos les encanta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los

vea. Les aseguro que ya han obtenido toda su recompensa” (Mateo 6:5).

¿Qué debemos hacer, entonces, para que Dios escuche y conteste nuestras oraciones? En los versículos 6 y 7 del mismo capítulo nuestro Salvador continúa: “Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará. Y al orar, no hablen sólo por hablar como hacen los gentiles, porque ellos se imaginan que serán escuchados por sus muchas palabras”.

En la Biblia podemos ver que en ciertos casos son apropiadas las oraciones frente a un grupo de personas. Pero la gran mayoría de nuestras oraciones deben ser sinceras conversaciones privadas con Dios.

Nuestro Creador ha prometido escucharnos siempre y cuando nos acerquemos a él en

rechazamos su guía y volvemos a robar, mentir u ocuparnos en cualquier práctica perniciosas. Satanás aprovecha muy bien estas situaciones.

Pero cuando nos vestimos del espíritu del nuevo hombre, sucede lo contrario. Satanás detesta los caminos de Dios y no puede tener éxito en ese ambiente. En cambio, el Espíritu Santo puede producir mucho fruto en la persona que sigue los caminos de Dios.

Todo esto aclara y destaca la belleza de algunas verdades sencillas pero profundas: Cuando nos *sometemos* a Dios y *resistimos* al diablo, éste huye de nosotros (Santiago 4:7). El apóstol Pablo nos exhorta en Gálatas 5:16: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”.

La forma más sencilla de sacar el aire de un vaso es llenarlo de agua. De igual forma, cuando nosotros, con la ayuda del Espíritu Santo, rechazamos nuestras actitudes erróneas, Dios puede llenar nuestras mentes con su propia naturaleza justa y santa. Esto no quiere decir que nunca más vamos a pecar; mientras seamos seres físicos seguiremos estando sujetos a las debilidades humanas. Mas no debemos sentirnos desalentados ante nuestros pecados. De hecho, debemos sentirnos contentos de poder reconocerlos, porque estar conscientes de ellos es el primer paso hacia su eliminación.

una actitud de sincera sumisión a su voluntad, dispuestos a aceptar la guía y corrección que nos da en su Palabra. “Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y *sus oídos, atentos a sus oraciones*; pero el rostro del Señor está contra los que hacen el mal” (1 Pedro 3:12).

Dios se fija en nuestra actitud, lo que hay en nuestro corazón (1 Samuel 16:7), no en nuestros pecados pasados. Él puede ver el camino por el que nos dirigimos, y eso es lo que le interesa.

En Santiago 1:5-6 se nos dice que lo que le pidamos a Dios, él nos lo concederá “a todos generosamente sin menospreciar a nadie”. Pero debemos pedirselo “con fe, sin dudar, porque quien duda es como las olas del mar, agitadas y llevadas de un lado a otro por el viento”.

Dios está especialmente interesado en los fines que perseguimos cuando oramos. Si verdaderamente deseamos lo que es de su agrado y oramos conforme a ello, él se com-

place en escucharnos. Nos contesta *según su perfecto juicio*, conforme a lo que sabe es más conveniente para nosotros.

Lamentablemente, no todos oran con buenos fines y “cuando piden, no reciben porque piden con malas intenciones, para satisfacer sus propias pasiones” (Santiago 4:3). Dios ni siquiera tiene en cuenta las peticiones de quienes sólo están interesados en satisfacer sus propios deseos y no en agradarlo a él.

Dios mira cuál es nuestra actitud. Sabe por qué le pedimos, y sabe lo que hay en nuestro corazón.

La oración es algo *imprescindible* en nuestra relación con Dios. Por tanto, en 1 Tesalonicenses 5:16-18 se nos exhorta: “Estén siempre alegres, oren sin cesar, den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús”. Siempre que oremos con esta actitud, ¡Dios nos escuchará! □

## Cómo avivar el Espíritu de Dios

**A** los cristianos de Tesalónica, el apóstol Pablo les aconsejó: “No apaguen el Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19; todos los pasajes citados en este recuadro son de la Nueva Versión Internacional). Y al joven evangelista Timoteo escribió: “Te recomiendo que avives la llama del don de Dios que recibiste cuando te impuse las manos. Pues Dios no nos ha dado un espíritu de timidez, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:6-7).

Aquí Pablo estaba equiparando el Espíritu de Dios con un fuego que está apagándose, pero que aún tiene algunas brasas. Estaba exhortando a Timoteo a que avivara esas brasas para que el fuego volviera a arder con fuerza. Él sabía que debemos estar siempre atentos para no descuidar la dádiva del Espíritu de Dios, dejándolo que se apague.

¿Cómo podemos mantener la valentía, la fortaleza y el amor que Dios nos da? La respuesta se encuentra en varios pasajes bíblicos.

En uno de ellos se nos dice: “Pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza” (Efesios 6:13). Satanás se valdrá de todo lo que pueda (v. 11) con el fin de que nos desalentemos, estemos temerosos y perdamos nuestra confianza en Dios. ¿Qué quiso decir Pablo con ponerse “toda la armadura de Dios” como defensa? ¿Qué podemos hacer para resistir actitudes insidiosas como el miedo, la apatía y el desaliento?

Pablo continuó: “Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios” (vv. 14-17).

Pablo nos aconseja que nos mantengamos firmes en la verdad que hemos aprendido, esforzándonos por vivir honorablemente sin importar las circunstancias.

También debemos hacer nuestra parte en la propagación del verdadero evangelio, sin perder de vista la vida eterna como nuestra meta y usando la Palabra de Dios como la espada que deshace toda clase de engaño.

Es muy importante, además, hacer lo que se dice en los versículos 18-20: “Oren en el Espíritu en todo momento, con peticiones y ruegos. Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos. Oren también por mí para que, cuando hable, Dios me dé las palabras para dar a conocer con valor el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas. Oren para que lo proclame valerosamente, como debo hacerlo”.

Nuestra capacidad para permanecer fuertes y activos espiritualmente, depende de cuánto confiamos en Dios. Y nuestro conducto para obtener esa ayuda es la oración.

En otra de sus epístolas, este apóstol nos exhorta a que nos mantengamos orando no sólo por nosotros sino también por otros. “Dedíquense a la oración: perseveren en ella con agradecimiento y, al mismo tiempo, intercedan por nosotros a fin de que Dios nos abra las puertas para proclamar la palabra, el misterio de Cristo por el cual estoy preso. Oren para que yo lo anuncie con claridad, como debo hacerlo” (Colosenses 4:2-4).

Una de las claves principales para conservar vivo y activo el Espíritu de Dios en nuestra vida es mantener la vista en el gran panorama de lo que Dios está llevando a cabo. Si nos preocupamos demasiado por nosotros mismos y nuestras dificultades, seremos más vulnerables a la influencia negativa de Satanás. El apóstol Pablo exhortó a los nuevos conversos para que

se sintieran parte integrante del plan que Dios está cumpliendo. Como apóstol de Dios enviado a anunciar el evangelio del Reino de Dios a los gentiles, los alentó para que con entusiasmo lo apoyaran con sus oraciones.

Pablo les explicó por qué consideraba tan importantes sus oraciones: “Hermanos, no queremos que desconozcan las aflicciones que sufrimos en la provincia de Asia. Estábamos tan agobiados bajo tanta presión, que hasta perdimos la esperanza de salir con vida:

***Una de las claves principales para conservar vivo y activo el Espíritu de Dios en nuestra vida es mantener la vista en el gran panorama de lo que Dios está llevando a cabo. Si nos preocupamos demasiado por nosotros mismos y nuestras dificultades, seremos más vulnerables a la influencia negativa de Satanás.***

nos sentíamos como sentenciados a muerte. Pero eso sucedió para que no confiáramos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los muertos. Él nos libró y nos librará de tal peligro de muerte. En él tenemos puesta nuestra esperanza, y él seguirá librándonos. Mientras tanto, ustedes nos ayudan orando por nosotros. Así muchos darán gracias a Dios por nosotros a causa del don que se nos ha concedido en respuesta a tantas oraciones” (2 Corintios 1:8-11).

En Filipenses 1:3-6 Pablo escribió acerca de su profundo amor hacia aquellos que habían sido convertidos por medio de su ministerio. “Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes. En todas mis oraciones por todos ustedes, siempre oro con alegría, porque han participado en el evangelio desde el primer día hasta ahora. Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús”.

Para nosotros también es muy importante que mantengamos viva y activa nuestra confianza en Dios. Hay ocasiones en que es ne-

cesario que, además de orar, ayunemos a fin de que podamos avivar nuestro entusiasmo y renovar nuestra dedicación y pacto con él. En Salmos 35:13 podemos ver que el rey David se “afligía y ayunaba”. El ayuno consiste en abstenerse de alimento y líquido con el fin de recordar cuán frágiles somos, y cuánto dependemos de cosas que están muy por encima de lo que podemos hacer o lograr por nosotros mismos.

En la Biblia encontramos ejemplos de personas de gran fe, como Moisés, Elías, Daniel,

Pablo y hasta Jesús mismo, que ayunaban con el fin de estar más cerca de Dios (Éxodo 34:28; 1 Reyes 19:8; Daniel 9:3; 10:2-3; 2 Corintios 11:27; Mateo 4:2).

En cierta ocasión, a Jesús le preguntaron: “¿Cómo es que los discípulos de Juan y de los fariseos ayunan, pero los tuyos no?” Él les contestó: “¿Acaso pueden ayunar los invitados del novio mientras él está con ellos? No pueden hacerlo mientras lo tienen con ellos. Pero llegará el día en que se les quitará el novio, y ese día sí ayunarán” (Marcos 2:18-20).

Jesús sabía que cuando él ya no estuviera físicamente con ellos, en ocasiones sus verdaderos seguidores sentirían la necesidad de ayunar para renovar y reforzar su entusiasmo y continuar sirviéndolo. Necesitarían “avivar” el Espíritu de Dios en ellos.

En Santiago 4:8 se nos dice: “Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes”. Podemos hacer esto por medio de la oración constante y, de vez en cuando, el ayuno. Así podemos desarrollar el hábito de avivar el Espíritu de Dios en nosotros. □

El apóstol Pablo, refiriéndose al hecho de que él tampoco había logrado eliminar completamente el pecado de su vida, nos dice: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, *prosigo a la meta*, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:13-14).

En la Epístola a los Hebreos encontramos estas alentadoras palabras: “Por lo tanto, ya que en Jesús, el Hijo de Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, aferrémonos a la fe que profesamos. Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Así que *acerquémonos confiadamente al trono de la gracia* para recibir misericordia y hallar la gracia que nos ayude en el momento que más la necesitemos” (Hebreos 4:14-16, NVI).

“Por tanto . . . *despojémonos del lastre que nos estorba*, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Así, pues, consideren a aquel que perseveró frente a tanta oposición por parte de los pecadores, para que no se cansen ni pierdan el ánimo” (Hebreos 12:1-3, NVI).

### Nuestra transformación final

Todo el proceso de la conversión tiene que ver con la maravillosa *transformación* que Dios —por medio de Jesucristo y el poder del Espíritu Santo— realiza en nosotros. La última fase de nuestra transformación, y la más dramática, se llevará a cabo con la resurrección de los muertos cuando retorne Jesucristo.

El apóstol Pablo escribió: “Les declaro, hermanos, que el cuerpo mortal no puede heredar el reino de Dios, ni lo corruptible puede heredar lo incorruptible. Fíjense bien en el misterio que les voy a revelar: No todos moriremos, pero todos *seremos transformados*, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y *los muertos resucitarán con cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados*. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de lo

incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: ‘La muerte ha sido devorada por la victoria’” (1 Corintios 15:50-54, NVI).

El profeta Daniel también habló de este maravilloso suceso: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:2-3).

Luego, en Filipenses 3:20-21, Pablo explica la maravillosa conclusión de todo lo que Dios está haciendo ahora por sus escogidos: “Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde anhelamos recibir al Salvador, el Señor Jesucristo. *Él transformará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso*, mediante el poder con que somete a sí mismo todas las cosas” (NVI).

Por tanto, Pablo mismo nos exhorta a que, “renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:12-14). □



# Índice de referencias bíblicas

<b>Génesis</b>	<b>Miqueas</b>	7:20-23	14
1:31	3:8	10:27	47
<b>Éxodo</b>	<b>Zacarías</b>	13:32	44
34:28	4:6	15:34	44
<b>Levítico</b>	<b>Mateo</b>	16:15-16	38
16:4, 24	1:20	<b>Lucas</b>	
<b>Deuteronomio</b>	3:11	1:35	45
30:15-16	3:16	3:22	44
30:19	4:2	4:14	45
<b>1 Samuel</b>	4:8-10	5:31-32	16
16:7	5:17-19	6:46	17
<b>1 Reyes</b>	5:21-22	9:62	37
19:8	5:48	12:16-21	28
<b>Salmos</b>	6:5-7	13:1-5	16
19:7	7:7-8	14:27-33	36-37
35:13	7:13-14	16:19-31	28
51:1-10	7:21, 23	17:10	26
51:11	7:22-23	22:42	38
73:3-28	10:29	<b>Juan</b>	
103:11-12	10:32-33	1:32	44
119:97-104	11:25	3:16	16, 35
139:7	11:25-27	3:17	6
<b>Proverbios</b>	12:34	3:23	34
1:10-19	12:50	4:24	45
8:13	13:11	5:18, 22	44
10:11, 20	13:19	6:44	8, 18
14:12	13:20-21	6:65	8, 18
17:28	13:22	7:37-39	44
23:7	13:23	8:16, 18	44
<b>Isaías</b>	15:13	10:30	44
1:18	16:17, 27	13:3	44
53:3-6	18:10, 35	14:16	48
55:7	19:16-19	16:8	47
59:1-2	19:26	16:13	46
59:2	22:14	17:11	44
59:7-8	22:35-40	17:17	6
<b>Jeremías</b>	23:23	<b>Hechos</b>	
10:23	24:13	1:8	45
17:9	25:31-43, 46	2:3-4	44
17:9-10	26:39	2:7-11	11
<b>Daniel</b>	26:41	2:17	44
9:3	<b>Marcos</b>	2:22-24	11-12
10:2-3	1:10	2:36-38, 41	12
12:2-3	1:14-15	2:38	33, 38
	2:18-20	3:19	17

5:31-32	16	8:26	47	4:27	54
8:14-17	39	8:28	48	4:28	52
8:17	40	8:34	46	4:29	53
8:38-39	34	10:14-15	7, 40	4:31-32	54
10:38	45	11:7-8, 25-26	6	6:11	30
10:45	44	12:2	41, 47, 52	6:11, 13-20	56
11:18	18	13:14	30	<b>Filipenses</b>	
15:3	1	14:23	24	1:2	44
16:31	17	15:13, 18-19	45	1:3-6	57
17:30	12	<b>1 Corintios</b>		1:6	37
19:6	40	1:3	44	1:9-11	53
19:39	4	2:9-11, 14	46-47	2:5	13, 42, 47
22:16	35	3:1-4	52	2:13	8, 9
22:26	39	6:18	49	3:13-14	58
24:25	30	6:20	38	3:20-21	59
<b>Romanos</b>		8:6	45	4:11-13	47
1:7	44	11:1	42	<b>Colosenses</b>	
1:24-32	22-23	12:27	10	1:2	44
2:4	18	14:20	49	1:19-22	36
3:16-17	26	15:34	52	1:27	41
3:23	13, 16, 19, 22	15:50-54	58-59	3:5	50
5:8-10	36	<b>2 Corintios</b>		3:9-10	35
6:1-4	50	1:2	44	4:2-4	56
6:1-6	35	1:8-11	57	4:6	54
6:3-4	34, 37-38	4:4	6, 15, 22, 27	4:12	52
6:6	38	7:1	30	<b>1 Tesalonicenses</b>	
6:4, 11	35	10:3-5	42, 47	1:1	44
6:16	50	11:3-4	4-5	5:16-18	55
6:16-18	31-32	11:13-15	5	5:19	44, 54, 56
6:16-19	38	11:27	57	<b>2 Tesalonicenses</b>	
6:23	16, 17, 23, 35	<b>Gálatas</b>		1:2	44
7:7	32	1:3	44	2:8-11	6
7:12-14	20	2:20	41-42, 51	2:13-14	7
7:12, 14	32	5:16	55	<b>1 Timoteo</b>	
7:15-18	29	5:16-17	32	1:2	44
7:18	29	5:19-21	22	2:4	7
7:21	51	5:22-23	47-48	3:15	4, 10
7:24-25	29	6:7-8	26	4:14	44
8:3-4	32	<b>Efesios</b>		<b>2 Timoteo</b>	
8:5-8	23, 31	1:2	44	1:2	44
8:7	8, 50	1:7-10	6	1:6	40, 44, 51
8:7-8	5	1:13-14, 17	44	1:6-7	56
8:9	41	2:1-3	22	1:7	45
8:13	51	2:2	13	2:15	52
8:13-14	23	2:2-3	15	2:25	18
8:14	41, 43	4:15	49	3:1-5	15
8:14-17	43	4:22-24	49-50	3:14-17	52-53
8:18	37	4:24-25	51	4:8	37

<b>Tito</b>	10:36.....52	2:18.....30
1:4.....44	11:24-26.....27	3:9.....7, 16
2:12-14.....59	12:1-3.....58	3:18.....14
2:14.....51	12:23.....4	<b>1 Juan</b>
3:5.....44	13:5-6.....37	1:8.....19, 49
<b>Filemón</b>	<b>Santiago</b>	1:8-9.....13
3.....44	1:5-6.....55	1:9.....46
<b>Hebreos</b>	1:14-15.....29	2:1-2.....46
2:1-3.....37	1:27.....28	3:3.....17
2:17-18.....46	3:6.....53	3:4.....7, 20
4:12.....50	4:3.....55	3:9.....49
4:14-16.....58	4:7.....15, 55	3:24.....46
4:15-16.....46	4:8.....57	5:3.....21
5:12.....25	4:17.....24	5:4-5.....46
5:12-14.....53	<b>1 Pedro</b>	5:17.....21
5:14.....24	1:18-19.....38	5:19.....6, 12
6:1-2.....39	3:12.....55	<b>Apocalipsis</b>
8:1-2.....46	3:14-16.....24	12:9.....5, 12, 22
9:11-14.....46	<b>2 Pedro</b>	17:14.....9
9:14.....35	1:3-11.....48	21:1-3.....45
10:19-23.....46	1:4.....40	21:22.....45

---

## ¡Nuestro mundo necesita escuchar *buenas* noticias!

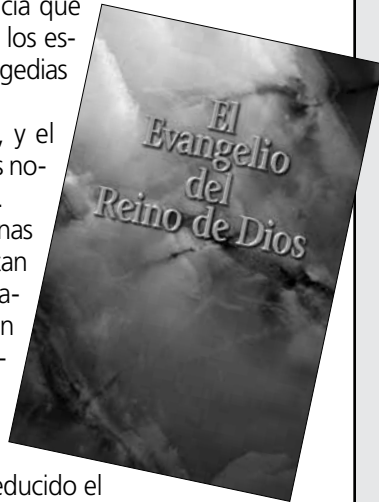
Los periódicos están llenos de malas noticias: las guerras que causan tanta aflicción, el hambre que consume a países enteros, las catástrofes del medio ambiente, los desastres naturales que dejan miles de damnificados, el crimen, la pobreza absoluta que se va apoderando de ciertas naciones, y el crimen y la violencia que continúan incrementándose a pesar de los esfuerzos para reducirlos. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

Jesucristo vino como un mensajero, y el mensaje que proclamó fueron las buenas noticias —el evangelio— del Reino de Dios.

¿En qué consisten realmente estas buenas noticias que Jesús anunció? ¿Acaso son tan sólo la maravillosa historia de su propio nacimiento, vida, muerte y resurrección? En verdad, todo esto forma parte del increíble plan que Dios tiene para la humanidad, pero el verdadero evangelio abarca más, mucho más.

Es triste decirlo, pero el hombre ha reducido el evangelio a una historia que hace énfasis en la persona de Jesucristo, pero que pasa por alto la verdadera profundidad y magnitud del mensaje que proclamó. Lo que Jesús anunció es realmente asombroso; ¡son las noticias más extraordinarias que este mundo enfermo y angustiado pudiera recibir!

En el folleto *El evangelio del Reino de Dios* se explica detalladamente, con base en las Escrituras, el significado del mensaje que Jesús predicó. Si usted desea recibir esta importante publicación, tendremos mucho gusto en enviársela *gratuitamente* y *sin compromiso alguno* de su parte. Puede solicitarla a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto, o puede descargarla de nuestro portal en Internet: [www.ucg.org/espanol](http://www.ucg.org/espanol). □



## Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

### Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas

Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

### Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

# Direcciones

---

## **BOLIVIA**

Casilla 8193  
Correo Central  
La Paz

## **COLOMBIA**

Apartado Aéreo 246001  
Bogotá, D.C.

## **CHILE**

Casilla 10386  
Santiago  
Sitio en Internet: [www.unidachile.cl](http://www.unidachile.cl)  
Correo electrónico: [unidachile@unidachile.cl](mailto:unidachile@unidachile.cl)

## **ESTADOS UNIDOS**

P.O. Box 541027  
Cincinnati, OH 45254-1027  
Sitio en Internet: [www.ucg.org](http://www.ucg.org)  
Correo electrónico: [info@ucg.org](mailto:info@ucg.org)

## **HONDURAS**

Apartado Postal 283  
Siguatepeque, Comayagua

## **MÉXICO**

Sitio en Internet: [www.unidamexico.mx](http://www.unidamexico.mx)